Los amiguetes del pequeño Nicolás

René Goscinny

Traducción de Esther Benítez
Ilustraciones de Sempé

Índice

¡Clotario tiene gafas! 4
Una estupenda bocanada de aire 8
Los lápices de colores 14
«El camping» 19
Hemos hablado por radio 24
María Eduvigis 29
Filatelias 35
Majencio el mago 40
La lluvia 45
El ajedrez 50
Los médicos 55
La nueva librería 61
Rufo está enfermo 66
Los atletas 71
El código secreto 76
El cumpleaños de María Eduvigis 80

¡Clotario tiene gafas!

Cuando Clotario llegó a la escuela, esta mañana, nos quedamos muy asombrados, porque tenía gafas en la cara. Clotario es un buen compañero, que es el último en la clase, y parece que le han puesto gafas por eso.

—El médico —nos explicó Clotario— les dijo a mis padres que si yo era el último quizá fuera porque no veía bien en clase. Entonces me llevaron a la tienda de gafas y el señor de las gafas me miró los ojos con una máquina que no hace daño, me hizo leer montones de letras que no querían decir nada y después me dio unas gafas, y ahora, ¡bang!, ya no seré el último.

A mí me extrañó un poco eso de las gafas, porque si Clotario no ve en clase es porque se duerme a menudo, pero quizá las gafas no le dejen dormir. Y, además, es cierto que el primero de la clase es Agnan, y es el único que lleva gafas, y por eso mismo no se le puede zurrar tan a menudo como uno quisiera.

Agnan no quedó muy contento al ver que Clotario tenía gafas. Agnan, que es el ojito derecho de la maestra, siempre tiene miedo de que un compañero sea primero en su lugar, y nosotros nos pusimos muy contentos al pensar que ahora el primero seria Clotario, que es un compañero fenómeno.

—¿Has visto mis gafas? —le preguntó Clotario a Agnan—. Ahora voy a ser el primero en todo, y la maestra me mandará a buscar los mapas y seré yo quien borrará la pizarra. ¡Tururú!

—¡No, señor! ¡No, señor! —dijo Agnan—¡El primero soy yo! Y, además, no tienes derecho a venir a la escuela con gafas.

—¡Claro que tengo derecho, mira! ¡No me digas! —dijo Clotario—. ¡Y tú ya no serás el único ojito derecho de la clase! ¡Tururú!

—Y yo —dijo Rufo— voy a pedirle a mi papá que me compre gafas, ¡y también seré el primero!

—¡Todos vamos a pedirles a nuestros papas que nos compren gafas! —gritó Godofredo—. ¡Todos seremos primeros y ojitos derechos! Entonces fue terrible, porque Agnan se puso a gritar y a llorar; dijo que eso era trampa, que no teníamos derecho a ser los primeros, que se quejaría, que nadie lo quería, que era muy desgraciado, que iba a matarse, y el Caldo llegó corriendo. El Caldo es nuestro vigilante, y un día os contaré por qué le llaman así.

—¿Qué pasa aquí? —gritó el Caldo—. ¡Agnan! ¿Qué tiene, que llora así? ¡Míreme a los ojos y contésteme!

—¡Todos quieren ponerse gafas! —le dijo Agnan, haciendo montones de hipos.

El Caldo miró a Agnan, nos miró a nosotros, se frotó la boca con la mano y después nos dijo:

—¡Mírenme todos a los ojos! No voy a tratar de entender sus historias; todo lo que puedo decirles es que si les vuelvo a oír, actuaré con todo rigor.

¡Agnan, vaya a beber un vaso de agua sin respirar! ¡Y los demás, a buen entendedor, pocas palabras bastan!

Y se marchó con Agnan, que continuaba haciendo hipos.

—Oye —le pregunté a Clotario—, ¿nos prestarás tus gafas cuando nos pregunten?

—¡Si! ¡Y para los ejercicios! —dijo Majencio.

—Para los ejercicios las necesitaré yo —dijo Clotario—, porque si no soy el primero, papá sabrá que no llevaba puestas las gafas, y eso me creará problemas, porque no le gusta que preste mis cosas; pero para cuando os pregunten, ya nos arreglaremos.

Realmente, Clotario es un compañero estupendo, y le pedí que me prestara sus gafas para probar, y la verdad es que no sé cómo se las va a arreglar para ser primero Clotario, porque con sus gafas se ve todo del revés, y cuando se miran los pies, parece que están muy cerca de la cara. Y después le pasé las gafas a Godofredo, que se las prestó a Rufo, que se las puso a Joaquín, que se las dio a Majencio, que se las tiró a Eudes, que nos hizo reír mucho fingiendo que bizqueaba, y después quiso cogerlas Alcestes, pero entonces hubo montones de problemas.

—Tú no —dijo Clotario—. Tienes las manos llenas de mantequilla por culpa de tus tostadas y me vas a manchar las gafas, y no vale la pena tener gafas si no se puede mirar por ellas, y limpiarlas da mucho trabajo; ¡y papá me castigará sin televisión si soy otra vez el último porque un imbécil manchó mis gafas con sus gordas manos llenas de mantequilla!

Y Clotario volvió a ponerse sus gafas, pero p Alcestes no estaba contento.

—¿Quieres que te ponga en la cara mis gordas manos llenas de mantequilla? —le preguntó a Clotario.

—No puedes pegarme —dijo Clotario—. Tengo gafas. ¡Tururú!

—Bueno, pues quítate las gafas —dijo Alcestes.

—No, señor —dijo Clotario.

—¡Ah! ¡Los primeros de la clase! —dijo Alcestes—. Sois todos iguales.
¡Unos cobardes!

—¿Cobarde, yo? —gritó Clotario.

—Sí, señor, puesto que llevas gafas —gritó Alcestes.

—Pues, bueno, ¡vamos a ver quién es un cobarde! —gritó Clotario, quitándose las gafas.

Estaban terriblemente furiosos los dos, pero no pudieron pegarse porque el Caldo llegó corriendo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—¡No quiere que yo lleve gafas! —gritó Alcestes.

—¡Y él quiere llenarme las mías de mantequilla! —gritó Clotario.

El Caldo se llevó las manos a la cara y se estiró las mejillas, y cuando hace eso no es momento de bromas.

—¡Mírenme bien a los ojos, ustedes dos!

—dijo el Caldo—. No sé qué es lo que han inventado ahora, pero no quiero volver a oír hablar de gafas. Y, para mañana, me conjugarán el verbo: «No debo decir cosas absurdas durante el recreo, ni sembrar el desorden, obligando así a intervenir al señor vigilante.» ¡En todos los tiempos del indicativo!

Y se fue a tocar la campana para entrar en clase.

En la fila, Clotario dijo que cuando Alcestes tuviera las manos secas le prestaría sus gafas con mucho gusto. Realmente es un compañero estupendo este Clotario.

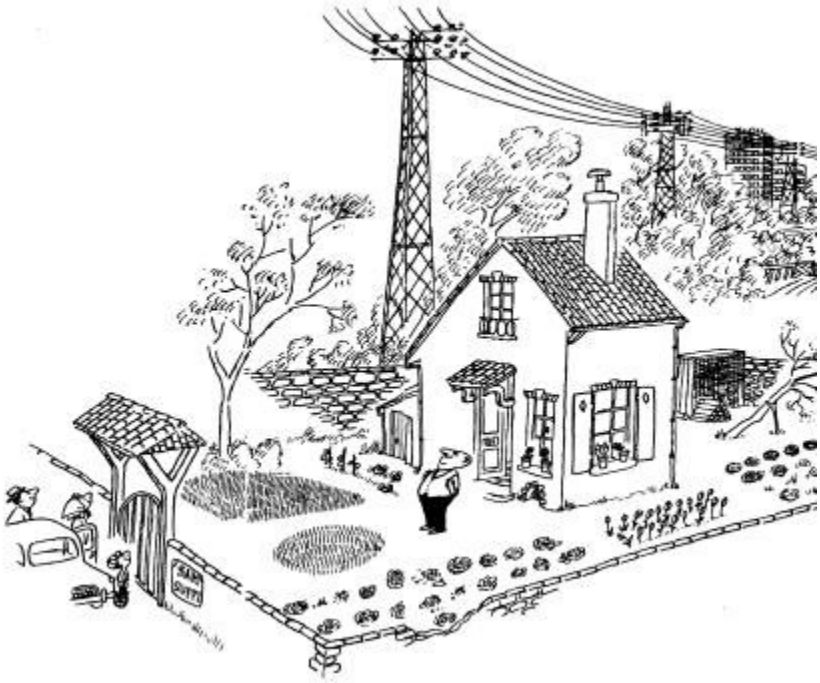
En clase —era geografía— Clotario le pasó sus gafas a Alcestes, que se había limpiado bien las manos en la chaqueta. Alcestes se puso las gafas y después no tuvo mucha suerte, porque no vio que la maestra estaba justamente delante de él.

—¡Deje de hacer el payaso, Alcestes! —gritó la maestra—. ¡Y no bizquee!
Si hay una corriente de aire, se quedará así. Y, de momento, ¡salga!

Y Alcestes salió con las gafas, estuvo a punto de golpearse contra la puerta, y después la maestra llamó a Clotario al encerado.

Y allí, claro, sin las gafas, la cosa no marchó; a Clotario le pusieron un cero.

Una estupenda bocanada de aire



Estamos invitados a pasar el domingo en la nueva casa de campo del señor Bongrain.
Bongrain es contable en la oficina donde trabaja papá, y parece que tiene un niño de mi edad, que es muy simpático y se llama Corentin.

Yo estaba muy contento, porque me gusta mucho ir al campo, y papá nos explicó que no hacía mucho tiempo que el señor Bongrain se había comprado la casa, y que le había dicho que no estaba muy lejos de la ciudad. El señor Bongrain le había dado todos los detalles a papá por teléfono, y papá escribió en un papel y parece que es muy fácil llegar allí. Es todo recto, se dobla a la izquierda en el primer semáforo, se pasa por debajo del puente del ferrocarril, después sigue siendo todo recto hasta el cruce, donde hay que tomar a la izquierda, y después otra vez a la izquierda hasta una gran granja blanca, y después se dobla a la derecha por un caminito de tierra, y ya es todo recto y a la izquierda después de la gasolinera.

Papá, mamá y yo salimos bastante pronto, por la mañana, en el coche, y papá cantaba, y después dejó de cantar por culpa de todos los demás coches que había en la carretera. No se podía avanzar. Y después papá se equivocó en el semáforo donde debía doblar, pero dijo que no era grave, que volvería al camino en el cruce siguiente. Pero en el cruce siguiente hacían montones de obras y habían puesto una pancarta donde estaba escrito: «Desviación», y nos perdimos; y papá le gritó a mamá, diciéndole que le leía mal las indicaciones p que había en el papel; y papá preguntó el camino a montones de gentes que no sabían; y llegamos a casa del señor Bongrain casi a la hora de comer, y entonces dejamos de discutir.

El señor Bongrain vino a recibirnos a la puerta de su jardín.

—¿Qué pasa? —dijo el señor Bongrain— ¡Ya se ve que sois de ciudad!
¡Incapaces de levantaros temprano!, ¿eh?

Entonces papá le dijo que nos habíamos perdido, y el señor Bongrain
pareció muy asombrado.

—¡Qué poca atención has puesto! —aseguró. ¡Es todo recto!

Y nos hizo entrar en la casa.

¡Es estupenda la casa del señor Bongrain! ¡No muy grande, pero estupenda!

—Esperad —dijo el señor Bongrain—, voy a llamar a mi mujer —y gritó—:
¡Clara! ¡Clara! ¡Han llegado nuestros amigos! Y apareció la señora Bongrain; tenía los ojos muy colorados, tosía, llevaba un delantal lleno de manchas negras, y nos dijo:

—¡No os doy la mano, estoy negra de carbón! Desde esta mañana me esfuerzo porque funcione la cocina, sin lograrlo.

El señor Bongrain se puso a bromear.

—¡Evidentemente! —dijo—, es un poco rústico, pero la vida del campo es así. No se puede tener una cocina eléctrica, como en el apartamento.

—¿Y por qué no? —preguntó la señora Bongrain.

—Dentro de veinte años, cuando acabe de pagar la casa, volveremos a hablar de eso —dijo el señor Bongrain. Y se echó a reír de nuevo.

La señora Bongrain no se rió y se marchó diciendo:

—Tenéis que disculparme, pero debo ocuparme de la comida. ¡Me temo que también será muy rústica!

—¿Y Corentin? —preguntó papá—. ¿No está?

—Sí, claro que está —contestó el señor Bongrain—, pero ese pequeño imbécil está castigado en su cuarto. ¿Sabes lo que hizo esta mañana, al levantarse? No lo adivinarías ni a la tercera... ¡Subió a un árbol a coger ciruelas! ¿Te das cuenta? Cada uno de esos árboles me ha costado una fortuna, y no es cosa de que el chaval se divierta rompiendo las ramas, ¿verdad?

Y después el señor Bongrain dijo que ya que yo estaba allí, iba a levantarle el castigo, porque estaba seguro de que yo era un niño bueno que no se divertiría haciendo polvo el jardín y la huerta.

Apareció Corentin, dijo hola a mamá y a papá y nos dimos la mano. Tiene una pinta estupenda, no tan estupenda como los amiguetes de la escuela, claro, pero hay que reconocer que los amiguetes de la escuela son terribles.

—¿Vamos a jugar al jardín? —pregunté.

Corentin miró a su papá, y su papá dijo:

—Preferiría que no, niños. Vamos a comer en seguida y no quisiera que trajerais fango a casa.

Mamá ha trabajado mucho en hacer la limpieza esta mañana.

Entonces Corentin y yo nos sentamos, y mientras los mayores tomaban el aperitivo, nosotros miramos una revista que yo ya había leído en casa. Y leímos varias veces la revista, porque la señora Bongrain, que no tomó el aperitivo con los demás, tenía la comida muy retrasada. Y después llegó la señora Bongrain, se quitó el delantal y dijo:

—¡Mala suerte!... ¡A la mesa!

El señor Bongrain estaba muy orgulloso de los entremeses, porque nos explicó que los tomates salían de su huerta, y papá se rió y dijo que habían salido demasiado pronto esos tomates, porque aún estaban verdes. El señor Bongrain contestó que quizá no estuvieran del todo maduros, pero que tenían otro sabor que los del mercado. A mí lo que me gustó mucho fueron las sardinas.

Y después la señora Bongrain trajo el asado, que era divertidísimo, porque por fuera estaba todo negro, pero por dentro era como si no estuviera nada cocido.

—¡Yo no lo quiero! —dijo Corentin—. ¡No me gusta la carne cruda!

El señor Bongrain le puso una cara muy seria y le dijo que acabara sus tomates a toda velocidad y que se comiera su carne como todos, si no quería que lo castigaran.

Lo que no había salido demasiado bien eran las patatas del asado; estaban algo duras. Después de comer, nos sentamos en el salón. Corentin cogió otra vez la revista, y la señora Bongrain le explicó a mamá que en la ciudad tenía una criada, pero que la criada no quería ir a

trabajar al campo el domingo. El señor Bongrain le explicaba a papá cuánto le había costado la casa, y que había hecho un negocio formidable. A mí no me interesaba nada de eso, y entonces le pregunté a Corentin si podíamos ir a jugar fuera, donde había mucho sol. Corentin miró a su papá. Y el señor Bongrain dijo:

—Claro, niños. Lo único que os pido es que no juguéis en el césped, sino en los paseos. Divertios y portaos bien.

Corentin y yo salimos, y Corentin me dijo que íbamos a jugar a la petanca. Me gusta mucho la petanca y soy terrible apuntándome tantos. Jugamos en el paseo; había uno solo y no muy largo; y tengo que decir que Corentin se defiende muy bien.

—Ten cuidado —me dijo Corentin—; si se nos escapa una bola al césped, no podríamos recogerla.

Y después Corentin tiró y ¡paf!, su bola acertó a la mía, que se fue a la hierba. Se abrió la ventana de la casa en seguida y el señor Bongrain sacó una cabeza muy roja y nada contenta.

—¡Corentin! —gritó—. Te he dicho varias veces que tengas cuidado de no estropear el césped.

Hace semanas que el jardinero está trabajando en él. En cuanto estás en el campo te pones insoportable. ¡Vamos! ¡A tu cuarto hasta la noche!

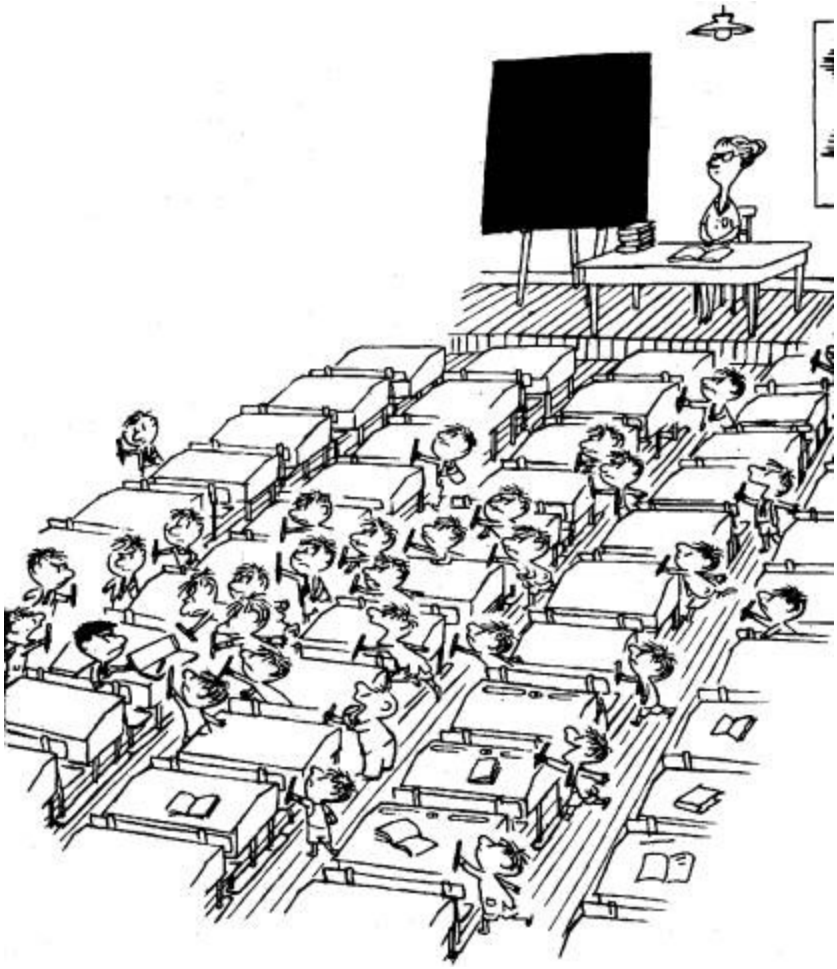
Corentin se echó a llorar y se marchó; entonces yo volví a la casa.

Pero no nos quedamos mucho tiempo, porque papá dijo que prefería salir temprano para evitar los embotellamientos. El señor Bongrain dijo si que era una medida prudente, que ellos no tardarían en regresar en cuanto la señora Bongrain hubiera acabado de hacer la limpieza.

El señor y la señora Bongrain nos acompañaron hasta el coche; papá y mamá les dijeron que habían pasado un día muy agradable, que no olvidarían, y justamente cuando papá iba a arrancar, el señor Bongrain se acercó a la portezuela para hablarle:

—¿Por qué no compras una casa de campo como yo? —dijo el señor Bongrain—. Bueno, personalmente, yo habría podido prescindir de ella ¡pero no hay que ser egoísta, chico! No sabes lo bien que le sientan a mi mujer y al chaval este respiro y esta bocanada de aire de todos los domingos.

Los lápices de colores



Esta mañana, antes de salir para la escuela, el cartero trajo un paquete para mí, un regalo de la abuela. ¡Es estupendo el cartero!

Papá, que estaba tomando su café con leche, dijo:

—¡Ay, ay, ay! ¡Catástrofe en perspectiva!

Y a mamá no le ha gustado que papá dijera eso, y se puso a gritar que cada vez que su mamá, mi abuela, hacía algo, papá tenía que protestar, y papá dijo que quería tomar su café con leche tranquilo, y mamá le ha dicho que, ¡oh!, claro, ella servía sólo para preparar el café con leche y ocuparse de la casa, y papá dijo que él nunca había dicho semejante cosa, pero que no era pedir demasiado el querer un poco de paz en casa, él, que trabajaba tanto para que mamá tuviera con qué preparar el café con leche. Y mientras papá y mamá

hablaban, yo abrí el paquete, y era formidable: ¡era una caja de lápices de colores! Estaba tan contento, que me puse a correr, a saltar y a bailar por el comedor con mi caja, y todos los lápices se cayeron.

—¡Empieza bien la cosa! —dijo papá.

—No entiendo tu actitud —dijo mamá—.

Y, además, no veo cuáles son las catástrofes que pueden provocar esos lápices de colores. ¡No, realmente, no lo veo!

—Ya lo verás —dijo papá.

Y se marchó a la oficina. Mamá me dijo que recogiera mis lápices de colores, porque iba a llegar tarde a la escuela. Entonces me apresuré a meter los lápices en la caja y le pregunté a mamá si podía llevarlos a la escuela.

Mamá me dijo que si, y me dijo que tuviera cuidado y no armara líos con mis lápices de colores. Lo prometí, metí la caja en la cartera y me marché. No entiendo a papá y a mamá; cada vez que recibo un regalo, están seguros de que voy a hacer tonterías. Llegué a la escuela justo cuando sonaba la campana para entrar en clase. Yo estaba muy orgulloso de mi caja de lápices de colores y estaba impaciente por enseñársela a mis compañeros. Es cierto, en la escuela es siempre Godofredo quien lleva cosas que le compra su papá, que es muy rico, y entonces yo estaba encantado de demostrarle, a Godofredo, que no sólo él recibía regalos estupendos, es cierto, vamos, a fin de cuentas, faltaría más... En clase, la maestra llamó a Clotario al encerado, y mientras le preguntaba, le enseñé mi caja a Alcestes, que está sentado a mi lado.

—No es nada estupenda —me dijo Alcestes.

—Me los mandó mi abuela —expliqué.

—¿Qué es eso? —preguntó Joaquín.

Y Alcestes le pasó la caja a Joaquín, que se la pasó a Majencio, que se la pasó a Eudes, que se la pasó a Rufo, que se la pasó a Godofredo, ¡que puso una cara!

Pero como todos estaban abriendo la caja y sacando lápices para mirarlos y probarlos, me dio miedo de que la viera la maestra y confiscara los lápices. Entonces me puse a hacerle gestos a Godofredo para que me devolviese la caja, y la maestra gritó:

—¡Nicolás! ¿Por qué se mueve y hace el ganso?

Me dio mucho miedo la maestra, y me eché a llorar, y le expliqué que tenía una caja de lápices de colores que me había mandado mi abuela y que quería que los otros me la devolvieran. La maestra me miró con mala cara, lanzó un suspiro y dijo:

—Está bien. El que tenga la caja de Nicolás, que se la devuelva.

Godofredo se levantó y me devolvió la caja. Y yo miré dentro y faltaban montones de lápices.

—¿Qué pasa ahora? —me preguntó la maestra.

—Faltan lápices —le expliqué.

—El que tenga los lápices de Nicolás, que se los devuelva —dijo la maestra.

Entonces todos los compañeros se levantaron para venir a traerme los lápices. La maestra se puso a golpear su mesa con la regla, y nos puso castigos a todos; debemos conjugar el verbo: «No debo aprovechar el pretexto de los lápices de colores para interrumpir la lección y sembrar el desorden en la clase.» El único que no fue castigado, aparte de Agnan, que es el ojito derecho de la maestra y que faltaba porque tiene paperas, fue Clotario, que estaba en el encerado.

A él lo dejaron sin recreo, como suele pasar cada vez que le preguntan.

Cuando tocaron al recreo, me llevé mi caja de lápices de colores, para poder hablar con los compañeros de ella sin peligro de castigos. Pero en el patio, cuando abrí la caja, vi que faltaba el lápiz amarillo.

—¡Me falta el amarillo! —grité—. ¡Que me devuelvan el amarillo!

—Empiezas a fastidiarnos con tus lápices —dijo Godofredo—. ¡Por tu culpa nos castigaron!

Entonces me puse como una fiera.

—¡Si no hubierais hecho el tonto, no habría ocurrido nada! —dije—. ¡Lo que pasa es que sois todos unos envidiosos! ¡Y si no encuentro al ladrón, me quejaré!

—¡Es Eudes quien tiene el amarillo! —gritó Rufo—. ¡Está muy rojo!...
¡Eh!, chicos, ¿os habéis enterado? ¡He hecho un chiste! Dije que Eudes había robado el amarillo porque estaba rojo.

Y todos se echaron a reír, y yo también, porque si que era bueno, y se lo contaré a papá. El único que no se rió fue Eudes, que se dirigió hacia Rufo y le dio un puñetazo en la nariz.

—¡Vamos! ¿Quién es el ladrón? —preguntó Eudes y le dio un puñetazo en la nariz a Godofredo.

—¡Yo no he dicho nada! —gritó Godofredo, a quien no le gusta recibir puñetazos en la nariz, sobre todo cuando es Eudes el que los da.

¡Pero yo me moría de risa con ese asunto de Godofredo, que recibía un puñetazo en la nariz cuando menos se lo esperaba! Entonces Godofredo corrióhacia mí, me dio una bofetada a traición, y mi caja de lápices de colores cayó, y nos pegamos. El Caldo —es nuestro vigilante— llegó corriendo,

nos separó, nos llamó banda de salvajes, dijo que ni siquiera quería saber de qué se trataba y nos castigó a copiar cien líneas a cada uno.

—Yo no tengo nada que ver con eso —dijo Alcestes—, me estaba comiendo mi tostada.

—Yo tampoco —dijo Joaquín—, yo estaba pidiéndole a Alcestes que me diera un trozo.

—¡Ya puedes esperar sentado! —dijo Alcestes.

Entonces Joaquín le dio una torta a Alcestes, y el Caldo los castigó a los dos con doscientas líneas.

Cuando volví a casa a comer, no estaba muy contento; mi caja de lápices de colores estaba destrozada, había lápices rotos y me seguía faltando el amarillo. Y me eché a llorar en el comedor, al explicarle a mamá el asunto de los castigos. Y después entró papá, y dijo:

—Bueno, ya veo que no me equivocaba, ¡ha habido catástrofes con esos lápices de colores!

—Tampoco hay que exagerar—dijo mamá.

Y después se oyó un enorme ruido: era papá que acababa de caerse al pisar mi lápiz amarillo que estaba delante de la puerta del comedor.

«El camping»

—¡Eh, chicos! —nos dijo Joaquín, al salir de la escuela—. ¿Y si mañana fuéramos de «camping»?

—¿Qué es eso de «camping»? —preguntó Clotario, con el que nos moríamos de risa, porque nunca sabe nada de nada.

—¿El «camping»? ¡Es fenómeno! —le explicó Joaquín—. Fui el domingo pasado con mis padres y unos amigos suyos. Se va en coche, al campo, muy lejos, y después se busca un bonito rincón cerca de un río, se montan las tiendas, se hace fuego para guisar, se pesca, se baña uno, se duerme en la tienda, hay mosquitos, y cuando se pone a llover, se marcha uno corriendo.

—En mi casa —dijo Majencio—, no me dejarán ir a hacer el payaso yo solo al campo. Sobre todo, si hay un río.

—¡No, claro que no! —dijo Joaquín—. Haremos como si fuéramos de «camping». ¡Acamparemos en el solar!

—¿Y la tienda? ¿Tienes tú una tienda? —preguntó Eudes.

—¡Pues claro! —contestó Joaquín—. Entonces, ¿de acuerdo? ; Y el jueves estábamos todos en el solar. No sé si os he dicho que en mi barrio, muy cerca de casa hay un solar formidable donde se encuentran cajas, papeles, piedras, latas

viejas, botellas, gatos enfadados y, sobre todo, un coche viejo que no tiene ruedas, pero que de todos modos es estupendo.

Joaquín llegó el último con una manta doblada bajo el brazo.

—¿Y la tienda? —preguntó Eudes.

—Bueno, ahí está —contestó Joaquín, enseñándonos la manta, que era muy vieja, con montones de agujeros y manchas por todas partes.

—¿Y eso es una tienda de verdad? —dijo Rufo.

—¿Es que te crees que mi papá iba a prestarme su tienda nueva?, —dijo Joaquín—. Con la manta haremos como si fuera una tienda.

Y después, Joaquín dijo que teníamos que subir todos al coche, porque para acampar hay que ir en coche.

—¡No es cierto! —dijo Godofredo—. Tengo un primo que es boy scout y siempre va a pie.

—Si quieres ir a pie, vete —dijo Joaquín— Nosotros vamos en coche y llegaremos mucho antes que tú.

—Y, ¿quién va a conducir? —preguntó Godofredo.

—Yo, claro —contestó Joaquín.

—¿Y porqué, por favor? —preguntó Godofredo.

—Porque yo tuve la idea de ir de «camping», y también porque la tienda la he traído yo —dijo Joaquín.

Godofredo no estaba muy contento, pero como teníamos prisa por llegar y acampar, le dijimos que no armara líos. Entonces subimos todos al coche, pusimos la tienda sobre el techo y después todos hicimos «broum, broum», salvo Joaquín, que conducía y gritaba: «(Apártate, abuelo! ¡Eh, tú, dominguero, quítate de ahí!

¡Asesino! ¿Habéis visto cómo he adelantado a ése, con su coche deportivo?»
Joaquín va a ser un conductor estupendo cuando sea mayor. Y después, nos dijo:
—Ese sitio me parece bonito. Paramos.
Entonces todos dejamos de hacer «broum» y bajamos del coche, y Joaquín miró a su alrededor, de lo más contento.
—Muy bien. Traed la tienda, hay un río muy cerca.
—¿Y dónde ves ese río, tú? —preguntó Rufo.
—Bueno, allí —dijo Joaquín—. Haremos como si lo fuera, ¿o qué?
Y después llevamos la tienda, y mientras la montábamos, Joaquín les dijo a Godofredo y a Clotario que fueran a buscar agua al río, y después que fingieran encender un fuego para cocinar la comida.
No fue muy fácil montar la tienda, pero pusimos cajones unos sobre otros y colocamos encima la manta. Era estupendo.
—¡La comida está lista! —gritó Godofredo.
Entonces todos hicimos como si comiéramos, salvo Alcestes, que comía de verdad, porque se había traído de casa tostadas con mermelada.
—¡Muy bueno este pollo! —dijo Joaquín, haciendo «ñam, ñam».
—¿Me pasas un poco de tus tostadas? —preguntó Majencio a Alcestes.
—¡Estás loco! —contestó Alcestes—. ¿Es que yo te he pedido pollo?
Pero como Alcestes es un buen compañero, fingió darle una de sus tostadas a Majencio.
—Bueno, y ahora hay que apagar el fuego —dijo Joaquín—, y enterrar todos los papeles grasientos y las latas de conserva.

—¡Estás de atar! —dijo Rufo—. ¡Pues si hay que enterrar todos los papeles y todas las latas del solar, estaremos aún con ello el domingo!

—¡Mira que eres tonto! —dijo Joaquín—. ¡Lo fingiremos! Y ahora, vamos a meternos todos en la tienda para dormir.

Y entonces si que fue divertidísimo en la tienda; estábamos terriblemente apretados y hacia mucho calor, pero lo pasábamos en grande. No dormimos de verdad, claro, porque no teníamos sueño, y además porque no había sitio. Estábamos allí, bajo la manta, hacía un rato, cuando Alcestes dijo:

—Y ¿qué hacemos ahora?

—Pues nada —dijo Joaquín—. Los que quieran pueden dormir, los otros pueden ir a bañarse al río. Cuando se está de «camping», cada uno hace lo que quiere. Eso es lo estupendo.

—Si yo hubiera traído mis plumas —dijo Eudes—, habríamos podido jugar a los indios, en la tienda.

—¿A los indios? —dijo Joaquín—. ¿Dónde has visto tú a unos indios haciendo «camping», imbécil?

—¿Lo de imbécil va por mí? —preguntó Eudes.

—Eudes tiene razón —dijo Rufo—. ¡Es muy aburrida tu tienda!

—¡No me digas!, el imbécil eres tú —dijo Joaquín.

Y se equivocó, porque con Eudes no hay que andarse con bromas; es muy fuerte y ¡bang!, le dio un puñetazo en la nariz a Joaquín, que se enfadó y empezó a pegarse con Eudes. Como no había mucho sitio en la tienda, todos recibíamos tortas, y después las cajas se cayeron y nos las vimos negras para salir de debajo de la manta; era

realmente divertido. Joaquín no estaba muy contento y pateaba la manta, gritando:

—Ya que os ponéis así, ¡salid todos de mi tienda! ¡Voy a acampar solo!

—¿Te has enfadado de verdad o haces como si te enfadaras? —preguntó Rufo.

Entonces todos nos moríamos de risa, y Rufo se reía con nosotros, preguntando:

—¿Qué es lo que he dicho tan divertido, chicos? ¿Eh? ¿Qué he dicho tan divertido?

Y después Alcestes dijo que se hacía tarde y que había que volver a cenar.

—Sí —dijo Joaquín—. Y, además, ¡está lloviendo! ¡Rápido! ¡Rápido! Recoged todas las cosas y corramos al coche.

Ha sido fenómeno lo de acampar, y todos volvimos a casa cansados, pero contentos. Aunque nuestros papas y nuestras mamas nos regañaran porque regresamos muy tarde.

—¡Y eso no es justo, porque no es culpa nuestra el que nos haya pillado un terrible embotellamiento a la vuelta!

Hemos hablado por radio

Esta mañana, en clase, la maestra nos dijo: «Niños, tengo una gran noticia que anunciaros; dentro del marco de una gran encuesta realizada entre los niños de las escuelas, van a venir a entrevistaros unos reporteros de la radio.»
Nosotros no dijimos nada, porque no entendimos, salvo Agnan; pero eso no tiene mérito, porque es el ojito derecho de la maestra y el primero de la clase.
Entonces la maestra nos explicó que unos señores de la radio vendrían a hacernos preguntas, que hacían eso en todas las escuelas de la ciudad, y que hoy nos tocaba el turno.

—Cuento con vosotros, con que os portaréis bien y hablaréis de forma inteligente —dijo la maestra.

A nosotros nos puso muy nerviosos eso de saber que íbamos a hablar por radio, y la maestra tuvo que golpear la mesa con la regla varias veces para poder continuar dando la lección de

gramática. Y después se abrió la puerta de la clase y entró el director con dos señores, uno de los cuales llevaba una maleta.

—¡De pie! —dijo la maestra.

—¡Siéntense! —dijo el director—. Hijos míos, es un gran honor para nuestra escuela recibir la visita de la radio, que, por la magia de las ondas, y gracias al genio de Marconi, transmitirá vuestras palabras a miles de hogares. Estoy seguro de que seréis sensibles a tal honor y que os impregnará una sensación de responsabilidad. Además, os lo advierto, ¡castigaré a los fantoches! Este señor os explicará lo que espera de vosotros.

Entonces uno de los señores nos dijo que nos iban a hacer preguntas sobre lo que nos gusta hacer, sobre lo que leemos y sobre lo que aprendemos en la escuela. Y después cogió un aparato en la mano, y dijo: «Esto es un micro. Hablaréis ahí dentro, muy claramente, sin tener miedo; y esta noche, a las ocho en punto, podréis escucharos, porque todo quedará grabado.»

Y después el señor se volvió al otro señor que había abierto su maleta en la mesa de la maestra, y dentro de la maleta había aparatos, y se había puesto en los oídos unos chismes para escuchar. Como los pilotos en una película que vi; pero la radio no marchaba, y como estaba lleno de niebla, no conseguían encontrar la ciudad a la que tenían que ir, y caían al agua, y era una película realmente fenomenal. Y el primer señor le dijo al que tenía las cosas en los oídos:

—¿Se puede empezar, Pedrito?

—Sí —dijo don Pedrito—; hazme una prueba de voz.

—Un, dos, tres, cuatro, cinco. ¿Vale? —preguntó el otro señor.

—Todo listo, macho —contestó don Pedrito.

—Bueno —dijo el señor Macho—. Entonces, ¿quién quiere hablar primero?

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! —gritamos todos.

El señor Macho se echó a reír y dijo: «Veo que tenemos muchos candidatos, de modo que voy a pedirle a la señorita que designe a uno de vosotros.»

Y la maestra, claro, dijo que había que preguntarle a Agnan, porque es el primero de la clase. ¡Siempre pasa lo mismo con ese niñito mimado! ¡ Bah!, ¡qué se le va a hacer!

Agnan fue hacia el señor Macho y el señor Macho le puso el micro delante de la cara, y estaba muy blanca, la cara de Agnan.

—Bueno, ¿quieres decirme tu nombre, pequeño? —preguntó el señor Macho.

Agnan abrió la boca y no dijo nada. Entonces, el señor Macho dijo:

—Te llamas Agnan, ¿verdad?

Agnan dijo que sí con la cabeza.

—Parece —dijo el señor Macho—, que eres el primero de la clase. Lo que nos gustaría saber es qué haces para distraerte, tus juegos preferidos...
¡Vamos, contesta! No hay que tener miedo, vamos.

Entonces Agnan se echó a llorar, y después se puso malo, y la maestra tuvo que salir corriendo con él.

El señor Macho se secó la frente, miró al señor Pedrito y después nos preguntó:

—¿Hay alguno de vosotros que no tenga miedo de hablar por el micro?

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! —gritamos todos.

—Está bien —dijo el señor Macho—, ese gordito de allá, ven aquí... Eso es... Bueno, empezamos... ¿Cómo te llamas, pequeño?

—Alcestes —dijo Alcestes.

—¿Alchesches? —preguntó el señor Macho muy extrañado.

—¡Quiere hacerme el favor de no hablar con la boca llena! —dijo el director.

—Bueno —dijo Alcestes—, estaba comiendo un croissant cuando me llamaron.

—Un crois... ¿Es que ahora se come en clase? —gritó el director—. ¡Muy bien! ¡Perfecto! ¡Castigado! Ya arreglaremos más tarde ese asunto. ¡Y deje su croissant en la mesa!

Entonces Alcestes lanzó un gran suspiro, dejó su croissant en la mesa de la maestra, y se fue castigado a un rincón, donde empezó a comer un bollo de leche que sacó del bolsillo de su pantalón, mientras el señor Macho limpiaba el micro con la manga.

—Perdóneles —dijo el director—, son muy jóvenes y algo distraídos.

—¡Oh! Estamos acostumbrados —dijo el señor Macho, riendo—. En nuestra última encuesta hemos entrevistado a los cargadores del muelle, que estaban en huelga. ¿Verdad, Pedrito?

—¡Qué tiempos aquellos! —dijo don Pedrito.

Y después el señor Macho llamó a Eudes:

—¿Cómo te llamas, pequeño? —preguntó.

—¡Eudes! —gritó Eudes, y don Pedrito se quitó las cosas que tenía en los oídos.

—¡No tan fuerte! —dijo el señor Macho—. Para eso se ha inventado la radio, para que te oigan muy lejos sin gritar. Bueno, empezamos otra vez. ¿Cómo te llamas, pequeño?

—Bueno, Eudes, ya se lo he dicho —dijo Eudes.

—No, no tienes que decir que ya me lo has dicho —dijo el señor Macho—.

Te pregunto tu nombre, me lo dices, y se acabó. ¿Preparado, Pedrito?... Bien, volvemos a empezar... ¿Cómo te llamas, pequeño?

—Eudes —dijo Eudes.

—¡Como si no lo supiéramos! —dijo Godofredo.

—¡Fuera, Godofredo! —dijo el director.

—¡Silencio! —gritó el señor Macho.

—¡Eh! ¡A ver si avisas antes de gritar! —dijo don Pedrito, que se quitó las cosas que tenía en los oídos. El señor Macho se puso la mano en los ojos, esperó un momentito, quitó la mano y le preguntó a Eudes lo que le gustaba hacer para distraerse.

—Soy terrible al fútbol —dijo Eudes—. ¡Les pego unas palizas!

—No es cierto —dije—, ayer eras portero, ¡y te metimos los que quisimos!

—¡Sí! —dijo Clotario.

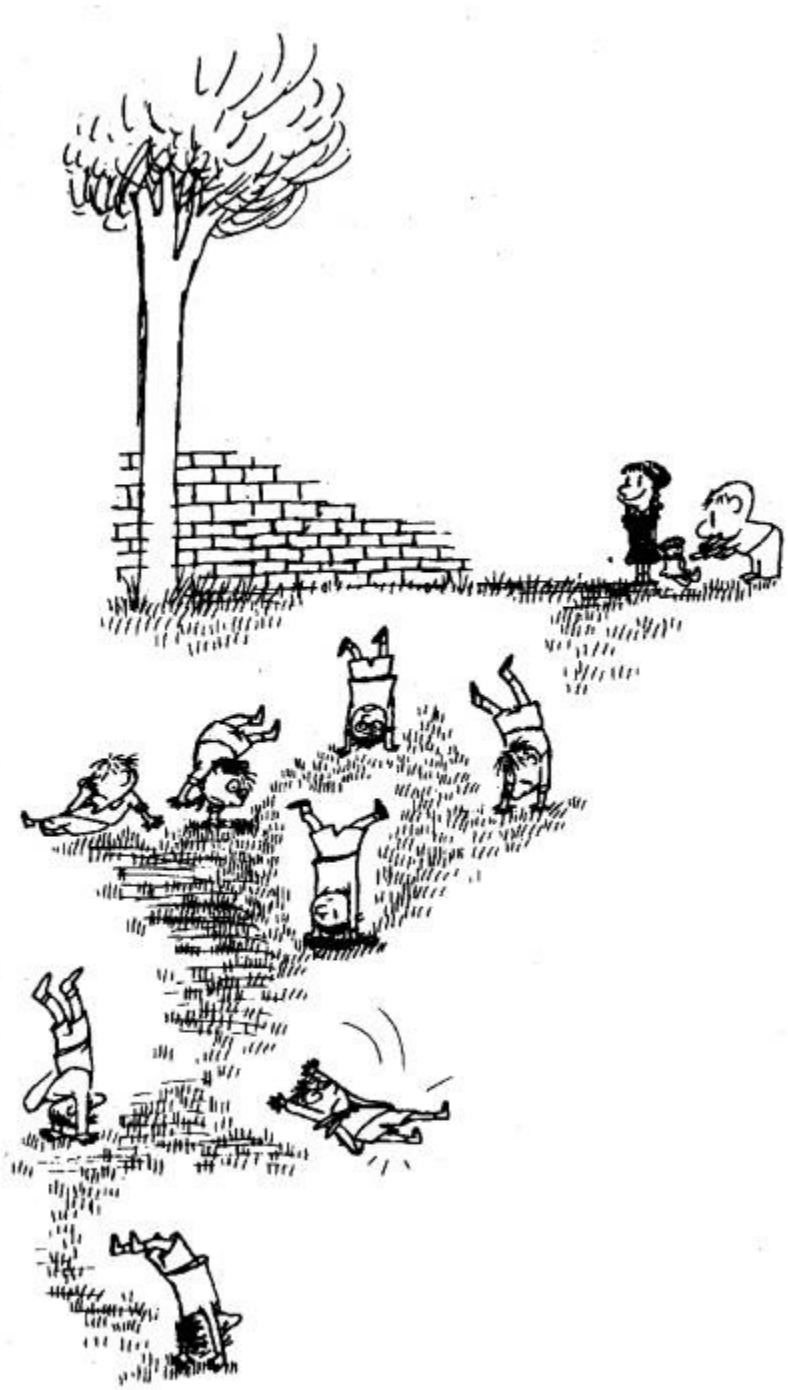
—¡Rufo había pitado fuera de juego! —dijo Eudes.

—Claro —dijo Majencio—, jugaba en tu equipo. He dicho miles de veces que un jugador no puede ser arbitro al mismo tiempo, aunque el silbato sea suyo.

—¿Quieres un puñetazo en la nariz?— preguntó Eudes, y el director lo castigó para el jueves. Entonces el señor Macho dijo que aquello era una tomadura de pelo; don Pedrito metió todas las cosas en la maleta, y se marcharon los dos.

A las ocho, esta tarde, en casa, además de papá y mamá, estaban los Biédurt, los Courteplaque, que son nuestros vecinos; el señor Barlier, que trabaja en la misma oficina de papá; también estaba tito Eugenio, y todos estábamos alrededor de la radio para oírme hablar. A la abuela la avisaron demasiado tarde y no había

podido venir, pero oía la radio en su casa con unos amigos. Mi papá estaba muy orgulloso y me pasaba la mano por el pelo, diciendo:
«¡Bueno! ¡Bueno!» ¡Todos estaban muy contentos!
Pero no sé qué pasó en la radio; a las ocho, sólo hubo música.
¡Me dio mucha pena, sobre todo por el señor Macho y don Pedrito!
¡Debieron de llevarse una desilusión!



María Eduvigis

Mamá me dejó invitar a los amiguetes de la escuela a merendar a casa, y también invité a María Eduvigis. María Eduvigis tiene el pelo

amarillo, ojos azules, y es la hija de los Courteplaque, que viven en la casa de al lado.

Cuando llegaron los amiguetes, Alcestes se fue en seguida al comedor, para ver qué había de merienda, y cuando volvió, me preguntó: «¿Falta aún alguien? He contado las sillas y sobra un trozo de tarta.» Entonces dije que había invitado a María Eduvigis, y les expliqué que era la hija de los Courteplaque, que viven en la casa de al lado.

—¡Pero es una niña! —dijo Godofredo.

—Bueno, ¿y qué? —le contesté.

—Nosotros no jugamos con niñas —dijo Clotario—; si viene, no le hablaremos ni jugaremos con ella; no, ¡sólo faltaba eso!...

—A mi casa invito a quien quiero —dije—, y si no te gusta, puedo darte una torta.

Pero no tuve tiempo de ocuparme de la torta, porque llamaron a la puerta y entró María Eduvigis.

María Eduvigis llevaba un traje hecho con la misma tela que las cortinas del salón, pero verde oscuro, con un cuello blanco todo lleno de agujeritos en los bordes. Estaba fenómeno María Eduvigis; pero lo fastidioso es que había traído una muñeca.

—Bueno, Nicolás —me dijo mamá—, ¿no presentas a tu amiguita a tus compañeros?

—Este es Eudes —dije—, y después están Rufo, Clotario, Godofredo y, además, Alcestes.

—Y mi muñeca —dijo María Eduvigis— se llama Chantal; su vestido es de seda.

Como nadie hablaba, mamá nos dijo que podíamos pasar a la mesa, que la merienda estaba servida. María Eduvigis estaba sentada entre Alcestes y yo. Mamá nos sirvió el chocolate y los trozos de tarta; estaba muy buena, pero nadie hacía ruido; se diría que estábamos en clase,

cuando viene el inspector. Y después María Eduvigis se volvió a Alcestes y le dijo:

—¡Qué de prisa comes! ¡Nunca he visto a nadie comer tan de prisa como tú! ¡Es formidable!

Y después movió los párpados muy de prisa, varias veces.

Alcestes no movió nada los párpados; miró a María Eduvigis, se tragó el gran pedazo de tarta que tenia en la boca, se puso muy colorado y después soltó una risa boba.

—¡Bah! —dijo Godofredo—. Yo puedo comer tan de prisa como él, ¡e incluso más de prisa, si s quiero!

—Estás de broma —dijo Alcestes.

—¡Oh! Más de prisa que Alcestes, me extrañaría mucho —dijo María Eduvigis.

Y Alcestes soltó de nuevo su. risa boba. Entonces Godofredo dijo:

—¡Vas a ver!

Y se puso a comerse su tarta a toda velocidad. Alcestes no podía hacer carreras con él, porque ya había acabado su trozo de tarta, pero los otros empezaron también.

—¡Gané! —gritó Eudes, lanzando migas por todas partes.

—¡No vale! —dijo Rufo—. ¡Casi no quedaba tarta en tu plato!

—¡No me digas! —dijo Eudes—. ¡Lo tenía lleno!

—No me hagas reír —dijo Clotario—. El que tenía el trozo más grande era yo, ¡de modo que he ganado!

Yo tenía muchas ganas, de nuevo, de darle una torta a ese tramposo de Clotario; pero entró mamá y miró la mesa con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Ya habéis acabado la tarta?

—Yo aún no —contesto María Eduvigis, que come a bocaditos, y eso le lleva mucho tiempo, porque antes de meterse en la boca los trocitos de tarta, se los ofrece a su muñeca; pero la muñeca, claro, no se los toma.

—Bueno —dijo mamá—, cuando acabéis, podéis salir a jugar al jardín; hace buen tiempo.

Y se marchó.

—¿Tienes el balón de fútbol? —me preguntó Clotario.

—Buena idea —dijo Rufo—, porque quizá seáis buenos en eso de tragar trozos de tarta; pero en fútbol, ya es otra cosa. ¡Ahí, cojo el balón y regateo a todo el mundo!

—¡No me hagas reír! —dijo. Godofredo.

—El que es terrible con las volteretas es Nicolás —dijo María Eduvigis.

—¿Volteretas? —dijo Eudes—. El mejor dando volteretas soy yo. Hace años que doy volteretas.

—¡Qué caradura! —dije yo—; sabes perfectamente que el campeón de las volteretas soy yo.

—¡Te cojo la palabra! —dijo Eudes.

Y salimos al jardín, con María Eduvigis, que por fin había acabado su tarta.

En el jardín, Eudes y yo nos pusimos en seguida a dar volteretas. Y después Godofredo dijo que no teníamos ni idea, y también él dio sus volteretas.

Rufo no es muy bueno, la verdad, y Clotario tuvo que parar en seguida, porque perdió en la hierba una canica que tenía en el bolsillo. María Eduvigis aplaudía, y Alcestes comía con una mano un bollo de leche que se había traído de casa para después de merendar, y con la otra sostenía a Chantal, la muñeca de María Eduvigis.

Lo que me extrañó es que Alcestes ofrecía trozos de bollo a la muñeca; normalmente no ofrece nunca nada, ni a sus amiguetes.

Clotario, que había encontrado su canica, dijo:

—¿A que no sabéis hacer esto?

Y empezó a andar con las manos.

—¡Oh! —dijo María Eduvigis—. ¡Es formidable!

Eso de andar con las manos es más difícil que dar volteretas; lo intenté, pero me caía siempre. Eudes lo hace bastante bien, y se quedó sobre las manos más tiempo que Clotario. Quizá es porque Clotario tuvo que volver a buscar su canica, que se le había caído otra vez del bolsillo.

—¡Andar con las manos no sirve para nada! —dijo Rufo—. ¡Lo que es muy útil es saber trepar a los árboles!

Y Rufo empezó a trepar al árbol; tengo que decir que nuestro árbol no es nada fácil, porque no tiene muchas ramas, y las ramas que tiene están todas arriba, cerca de las hojas.

Entonces todos nos reímos mucho, porque Rufo se sujetaba al árbol con los pies y las manos, pero no avanzaba muy de prisa.

—¡ Quítate de ahí! Yo te enseñaré—dijo Godofredo.

Pero Rufo no quería soltar el árbol; entonces Godofredo y Clotario trataron de trepar los dos a la vez, mientras Rufo gritaba:

—¡Miradme! ¡Miradme! ¡Estoy subiendo!

Es una suerte que papá no estuviera allí, porque no le gusta nada que se haga el payaso con el árbol del jardín. Eudes y yo, como no quedaba sitio en el árbol, dábamos volteretas, y María Eduvigis contaba para ver quién daba más.

Y después la señora Courteplaque gritó desde su jardín:

—¡María Eduvigis! ¡Ven! ¡Es la hora de tu clase de piano!

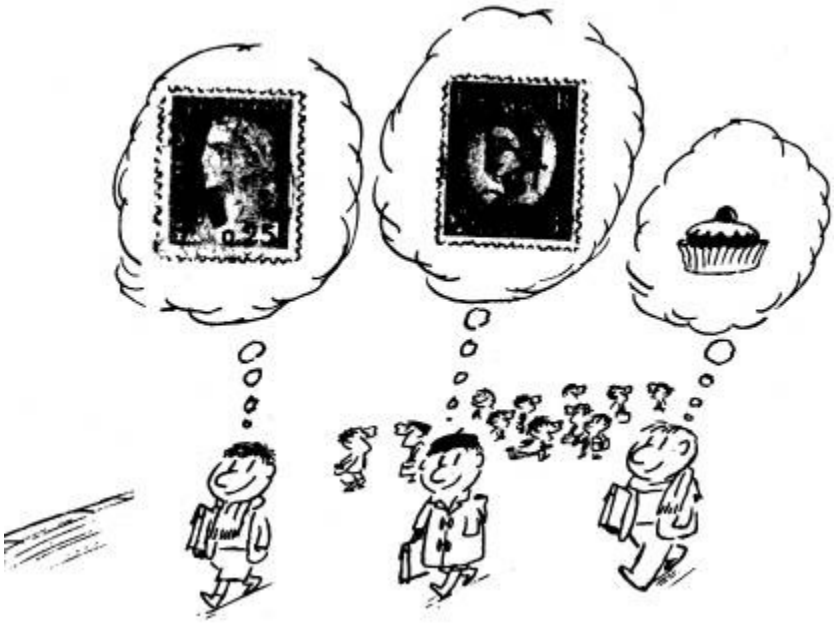
Entonces María Eduvigis recogió su muñeca de los brazos de Alcestes, nos dijo adiós con la mano y se marchó. Rufo, Clotario y Godofredo soltaron el árbol, Eudes dejó de dar volteretas y Alcestes dijo:

—Se hace tarde; me voy.

Y se marcharon todos.

Fue un día fenómeno y nos lo pasamos estupendamente; pero me pregunto si María Eduvigis se divirtió.

La verdad es que no fuimos muy amables con María Eduvigis. Casi no le hablamos y jugamos entre nosotros, como si ella no estuviera allí.



Filatelias

Rufo llegó terriblemente contento a la escuela esta mañana. Nos enseñó un cuaderno muy nuevo que llevaba, y en la primera página, arriba a la izquierda, había un sello pegado. En las demás páginas no había nada.

—Empiezo una colección de sellos —nos dijo Rufo.

Y nos explicó que fue su papá quien le dio la idea de hacer una colección de sellos; que eso se llama filatelia y que era terriblemente útil, porque se aprendía historia y geografía mirando los sellos. Su papá le había dicho también que una colección de sellos podía valer montones y montones de dinero, y que había habido un rey de Inglaterra que tenía una colección que valía terriblemente cara.

—Lo que estaría muy bien —nos dijo Rufo— es que vosotros hicierais colección de sellos; entonces podríamos cambiarlos. Papá me dijo que así es como se llega a hacer colecciones formidables. Pero los sellos no tienen que estar

rotos, y sobre todo es preciso que tengan todos los dientes.

Cuando llegué a casa a comer, le pedí en seguida a mamá que me diera sellos.

—¿A qué viene eso ahora? —preguntó mamá—. Vete a lavar las manos y no me des la lata con tus ideas descabelladas.

—¿Para qué quieres sellos, jovencito? —me preguntó papá—. ¿Tienes que escribir cartas?

—No, bueno —dije—; es para hacer filatelia, como Rufo.

—¡Eso está muy bien! —dijo papá—. ¡La filatelia es una ocupación muy interesante! Coleccionando sellos se aprenden montones de cosas, sobre todo historia y geografía. Y, además, ¿sabes?, una colección bien hecha puede valer mucho. Hubo un rey de Inglaterra que tenía una colección que valía una verdadera fortuna.

—Sí —dije yo—. Entonces, con mis compañeros, haremos cambios y tendremos colecciones terribles, con sellos llenos de dientes...

—Si —dijo papá—. En cualquier caso, prefiero verte coleccionar sellos en vez de esos juguetes inútiles que llenan tus bolsillos y toda la casa. Y ahora vas a obedecer a mamá: vas a lavarte las manos, vas a venir a la mesa, y, después de comer, te daré algunos sellos.

Y después de comer, papá buscó en su despacho y encontró tres sobres, en los que rompió la esquina donde estaban los sellos.

—¡Ya estás en camino de hacer una colección formidable! —me dijo papá, riendo.

Y yo lo besé, porque tengo el papá más estupendo del mundo.

Cuando llegué a la escuela, esta tarde, había varios amiguetes que habían empezado colecciones; Clotario tenía un sello, Godofredo

tenía otro y Alcestes tenía uno, pero todo roto, asqueroso, lleno de mantequilla, y le faltaban montones de dientes. Yo, con mis tres sellos, tenía la colección más estupenda. Eudes no tenía sellos y nos dijo que éramos tontos y que eso no servía para nada; que a él le gustaba más el fútbol.

—El tonto eres tú —dijo Rufo—. Si el rey de Inglaterra hubiera jugado al fútbol en lugar de coleccionar sellos, no habría sido rico. Quizá incluso ni habría sido rey.

Tenia toda la razón Rufo; pero como tocó la campana para entrar en clase, no pudimos continuar haciendo filatelias.

En el recreo, nos pusimos todos a hacer cambios.

—¿Quién quiere mi sello? —preguntó Alcestes.

—Tienes un sello que me falta —le dijo Rufo a Clotario—. Te lo cambio.

—De acuerdo —dijo Clotario—. Te cambio mi sello por dos sellos.

—¿Y por qué voy a darte dos sellos por tu sello, si me haces el favor?
—preguntó Rufo—. Por un sello doy otro sello.

—Yo sí que cambiaría mi sello por un sello —dijo Alcestes.

Y después el Caldo se acercó a nosotros. El Caldo es nuestro vigilante y desconfía cuando nos ve a todos juntos, y como siempre estamos juntos, porque somos un grupo de compañeros fenómeno, el Caldo desconfía todo el tiempo.

—¡Mírenme bien a los ojos! —nos dijo el Caldo—. ¿Qué están tramando ahora, mala hierba?

—Nada, señor —dijo Clotario—. Hacemos filatelias, o sea, que cambiamos sellos. Un sello por dos sellos, o algo así, para hacer colecciones estupendas.

—¿Filatelia? —dijo el Caldo—. ¡Eso está muy bien! Muy instructivo, sobre todo en lo concerniente a la historia y a la geografía. Y, además, una buena colección puede llegar a valer mucho... Hubo un rey de no sé qué país, y no me acuerdo de su nombre, que tenia una colección que valía una fortuna...
Bueno, hagan sus cambios pero pórtense bien.

El Caldo se marchó y Clotario tendió su mano, con el sello dentro, a Rufo.

—Entonces, ¿de acuerdo? —preguntó Clotario.

—No —contestó Rufo.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Alcestes.

Y, después, Eudes se acercó a Clotario, y, ¡hale!, le quitó el sello.

—¡Yo también voy a empezar una colección! —gritó Eudes, riendo.

Y echó a correr. Clotario no se reía, corría detrás de Eudes gritándole que le devolviera su sello, asqueroso ladrón. Entonces, Eudes, sin detenerse, lamió el sello y se lo pegó en la frente.

—¡Eh, chicos! —gritó Eudes—. ¡Mirad! ¡Soy una carta! ¡Soy una carta por avión!

Y Eudes abrió los brazos y empezó a correr haciendo «braom, braom»;
pero Clotario consiguió ponerle la zancadilla, y Eudes cayó, y empezaron a pelearse terriblemente, y el Caldo volvió corriendo.

—¡Oh! ¡Ya sabía yo que no podía confiar en ustedes! —dijo el Caldo—.
Son incapaces de distraerse inteligentemente. ¡Ustedes dos, castigados!... Y, además, usted, Eudes, va a hacerme el favor de despegarse ese ridículo sello que tiene en la frente.

—Si, pero dígale que tenga cuidado de no romper los dientes —dijo

Rufo—. Es uno de los -que me faltan.

Y el Caldo lo mandó castigado, con Clotario y Eudes.

Los únicos coleccionistas que quedábamos éramos Godofredo, Alcestes y yo.

—¡Eh, chicos! ¿No queréis mi sello? —preguntó Alcestes.

—Te cambio tus tres sellos por mi sello —me dijo Godofredo.

—¿Estás loco? —le pregunté—. Si quieres mis tres sellos, dame tres sellos, ¡no faltaba más!

Por un sello, te doy un sello.

—Yo sí quiero cambiar mi sello por un sello —dijo Alcestes.

—¿Y qué ventaja saco? —me dijo Godofredo—. ¡Son los mismos sellos!

—Entonces, ¿no queréis mi sello? —preguntó Alcestes.

—Yo estoy de acuerdo en darte mis tres sellos —le dije a Godofredo— si me los cambias por algo bueno.

—¡Vale! —dijo Godofredo.

—Está bien; ya que nadie quiere mi sello, ¡mirad lo que hago con él!
—gritó Alcestes, y rompió su colección.

Cuando llegué a casa, de lo más contento, papá me preguntó:

—¿Qué, joven filatélico, cómo marcha esa colección?

—Estupendamente —le dije.

Y le enseñé las dos canicas que me había dado Godofredo.

Majencio el mago

Todos los compañeros estábamos invitados a merendar en casa de Majencio, y eso nos extrañó, porque Majencio nunca invita a nadie a su casa. Su mamá no quiere; pero nos explicó que su tío, el que es marino, aunque yo creo que es una mentira y que no es marino, le ha regalado una caja de magia, y no es nada divertido hacer magia si no hay nadie que mire, y por eso la mamá de Majencio le permitió invitarnos.

Cuando llegué, todos los compañeros estaban allí, y la mamá de Majencio nos sirvió la merienda: té con leche y tostadas; no muy formidable.

Todos mirábamos a Alcestes, que se comía los dos bollitos de chocolate que se había traído de su casa, y es inútil pedirle, porque Alcestes, que es un buen compañero, os prestará lo que sea, pero a condición de que no sea comestible.

Después de merendar, Majencio nos hizo entrar en el salón, donde había puesto las sillas en fila, como en casa de Clotario cuando su papá nos hace guiñol; y Majencio se puso detrás de una mesa, y en la mesa estaba la caja de magia.

Majencio abrió la caja; estaba llena de cosas, y cogió una varita y un dado muy grande.

—¿Veis este dado? —dijo Majencio—.

Aparte que es muy grande, es como todos los dados.

—No —dijo Godofredo—; está hueco, y dentro hay otro dado.

Majencio abrió la boca y miró a Godofredo.

—¿Y tú que sabes? —preguntó Majencio.

—Lo sé porque tengo en casa la misma caja —contestó Godofredo—; me la regaló mi papá cuando me pusieron un seis en ortografía.

—Entonces, ¿tiene truco? —preguntó Rufo.

—¡No, señor! ¡No tiene truco! —gritó Majencio—. Lo que pasa es que Godofredo es un cochino embustero.

—¡Claro que está hueco tu dado! —dijo Godofredo—, y como repitas que soy un cochino embustero, ¡te ganarás una torta!

Pero no se pegaron, porque la mamá de Majencio entró en el salón. Nos miró, se quedó un momento, y después se marchó, lanzando un suspiro y llevándose un jarrón que había encima de la chimenea.

A mí me interesó el asunto del dado hueco, y me acerqué a la mesa para verlo.

—¡No! —gritó Majencio—. ¡No! ¡Vuelve a tu sitio, Nicolás! No tienes derecho a mirar de cerca.

—¿Y por qué? —pregunté.

—Porque hay un truco, seguro —dijo Rufo.

—Claro que sí —dijo Godofredo—; el dado está hueco, y entonces, cuando lo pones en la mesa, el dado que está dentro...

—Si continúas —gritó Majencio—, ¡te vuelves a tu casa!

Y la mamá de Majencio entró en el salón, y salió otra vez con una estatuilla que estaba en el piano. Entonces Majencio dejó el dado y cogió una especie de cacerola.

—Esta cacerola está vacía —dijo Majencio, enseñándonosla.

Y miró a Godofredo, pero Godofredo estaba ocupado en explicarle el asunto del dado hueco a Clotario, que no lo había entendido.

—Ya sé —dijo Joaquín—, la cacerola está vacía, y vas a sacar de ella una paloma blanca.

—Si lo consigue —dijo Rufo—, es que hay un truco.

—¿Una paloma? —dijo Majencio—. ¡Nada de eso! ¿De dónde quieres que saque una paloma, imbécil?

—Vi en la tele a un mago y sacaba montones de palomas de todas partes... ¡Imbécil lo serás tú!—contestó Joaquín.

—Ante todo —dijo Majencio—, aunque quisiera, no tengo derecho a sacar una paloma de la cacerola; mi mamá no quiere que tenga animales en casa; la vez que traje un ratón, se armó un lío...

Y ¿quién es imbécil, por favor?

—Es una lástima —dijo Alcestes—, las palomas son fenómenas. No son muy gordas, pero ¡están formidables con guisantes! Parecen pollo.

—El imbécil eres tú —dijo Joaquín a Majencio—; tú sí que eres imbécil.

Y la mamá de Majencio entró; me pregunto si no estaba escuchando detrás de la puerta, y nos dijo que fuéramos buenos y tuviésemos cuidado con la lámpara del rincón.

Cuando se marchó, tenia una pinta terriblemente preocupada la mamá de Majencio...

—¿La cacerola es como el dado? —preguntó Clotario—. ¿Está hueca?

—No toda la cacerola, sólo el fondo —dijo Godofredo.

—Es un truco, vamos —dijo Rufo.

Entonces Majencio se enfadó, nos dijo que no éramos buenos compañeros y cerró la caja de magia y nos dijo que ya no haría más números.

Y se enfurruñó, y nadie dijo nada. Entonces la mamá de Majencio entró corriendo.

—¿Qué pasa aquí? —gritó—. ¡No os oigo!

—Son ellos —dijo Majencio—; no me dejan hacer mis números.

—Mirad, niños —dijo la mamá de Majencio—. Me encanta que os divirtáis, pero tenéis que ser buenos. Si no, os volveréis a casa. Ahora tengo que salir a hacer unas compras, y cuento con que os portéis como niños mayores y razonables; tened cuidado con el reloj que está encima de la cómoda.

Y la mamá de Majencio nos miró aún un rato, y se marchó meneando la cabeza como diciendo no, con los ojos hacia el techo.

—Bueno —dijo Majencio—, ¿veis esta bola blanca? Pues voy a hacerla desaparecer.

—¿Es un truco? —preguntó Rufo.

—Si —dijo Godofredo—, va a esconderla y a metérsela en el bolsillo.

—¡No, señor! —gritó Majencio—. ¡No, señor! Voy a hacerla desaparecer.
¡Del todo!

—Claro que no —dijo Godofredo—, no la harás desaparecer, yo te digo que te la vas a meter en el bolsillo.

—Entonces, ¿va o no a hacer desaparecer su bola blanca? —preguntó Eudes.

—Podría hacerla desaparecer perfectamente esa bola, si quisiera —dijo Majencio—. Pero no quiero, porque no sois buenos compañeros, ¡y se

acabó! ¡Y mamá tiene razón cuando dice que sois un hatajo de vándalos!

—¡Ah! ¿Qué decía yo? —gritó Godofredo—. Para hacer desaparecer la bola, había que ser un mago de verdad» ¡y no de pega!

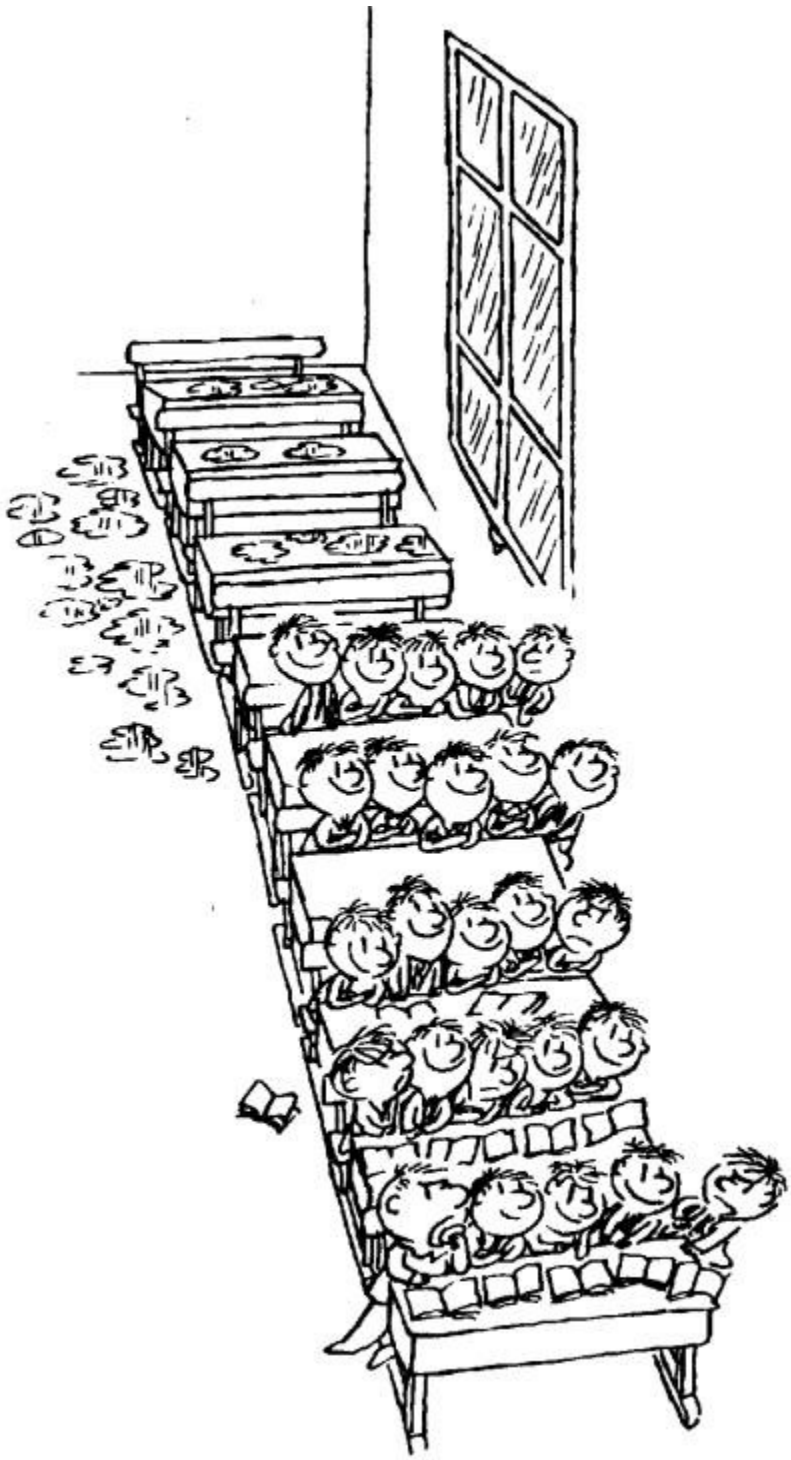
Entonces Majencio se enfadó y corrió hacia Godofredo para darle una bofetada, y a Godofredo la cosa no le gustó, y entonces tiró la caja de magia al suelo; se puso hecho una fiera, y Majencio y él empezaron a darse montones de tortas. Nosotros nos reíamos mucho, y después la mamá de Majencio entró en el salón. No parecía nada contenta.

—¡Todos a vuestras casas! ¡En seguida! —nos dijo la mamá de Majencio.

Entonces nos marchamos, y yo estaba bastante desilusionado, aunque pasamos una tarde estupenda, porque me habría gustado ver a Majencio haciendo sus números de magia.

—¡Bah! —dijo Clotario—. Creo que Rufo tiene razón; Majencio no es como los magos de verdad de la tele; él sólo sabe trucos.

Y al día siguiente, en la escuela, Majencio aún estaba enfadado con nosotros, porque parece que cuando recogió la caja de magia, vio que la bola blanca había desaparecido.



La lluvia

Me encanta la lluvia cuando es muy, muy fuerte, porque entonces no voy a la escuela y me quedo en casa y juego con el tren eléctrico. Pero hoy no llovía bastante y tuve que ir a clase. Pero de todos modos, ya lo sabéis, con la lluvia se

pasa bien; uno se divierte levantando la cabeza y abriendo la boca para tragar las gotas de agua, se anda por los charcos y se dan grandes patadas para salpicar a los compañeros, se divierte uno pasando por debajo de los canalones, y hace mucho frío cuando el agua entra por el cuello de la camisa, porque, claro, no vale la pena pasar por debajo de los canalones con el impermeable abotonado hasta el cuello. Lo fastidioso es que, en el recreo, no nos dejan bajar al patio para que no nos mojemos. En clase, la luz estaba encendida, y resultaba muy gracioso, y una cosa que me encanta es mirar en las ventanas las gotas de agua que hacen carreras para llegar abajo. Parecen ríos. Y después tocó la campana, y la maestra nos dijo: «Bueno, es el recreo. Podéis hablar entre vosotros, pero portaos bien.»

Entonces todos empezamos a hablar a la vez, y hacíamos mucho ruido; había que gritara fuerte para hacerse oír, y la maestra lanzó un suspiro, se levantó y salió al pasillo, dejando la puerta abierta, y se puso a hablar con las otras maestras, que no son tan estupendas como la nuestra, y por eso tratamos de no hacerla rabiar demasiado.

—Vamos —dijo Eudes—. ¿Jugamos a balón tiro?

—¿Estás loco? —dijo Rufo—. Se va a armar un follón con la maestra, y, además, seguramente romperemos algún cristal.

—Bueno —dijo Joaquín—, ¡pues abrimos las ventanas!

Era una idea terriblemente buena, y fuimos todos a abrir las ventanas, salvo Agnan, que repasaba su lección de historia, leyéndola en voz alta, con las manos en los oídos. ¡Está loco este Agnan! Y, después, abrimos las ventanas; era fenómeno, porque el viento soplaba hacia la clase

y nos divertimos recibiendo el agua en la cara, y después oímos un gran grito: era la maestra, que acababa de entrar.

—¡Estáis locos! —gritó la maestra—. ¿Queréis cerrar inmediatamente esas ventanas?

—Es para jugar al balón tiro, señorita —le explicó Joaquín.

Entonces la maestra nos dijo que ni hablar de jugar a la pelota; nos hizo cerrar las ventanas y nos dijo que nos sentáramos todos. Pero lo fastidioso es que los pupitres que estaban cerca de las ventanas estaban todos mojados, y el agua, aunque es estupenda cuando da en la cara, es fastidiosa para sentarse encima. La maestra levantó los brazos, dijo que éramos insoportables y dijo que nos las arregláramos para acomodarnos en los pupitres secos. Entonces se armó un poco de follón, porque cada uno buscaba dónde sentarse, y había pupitres donde había cinco compañeros, y cuando somos más de tres compañeros estamos demasiado apretados en los pupitres. Yo estaba con Rufo, Clotario y Eudes. Y después la maestra golpeó la mesa con la regla, y gritó: «¡Silencio!» Nadie dijo nada, salvo Agnan, que no la había oído y continuó repasando su lección de historia. Hay que decir que estaba solo en su pupitre, porque nadie tiene ganas de sentarse al lado de ese asqueroso niño mimado, salvo durante los ejercicios. Y después Agnan levantó la cabeza, vio a la maestra y dejó de hablar.

—Bien —dijo la maestra—. ¡No quiero volver a oíros! ¡A la menor inconveniencia, actuaré con rigor! ¿Entendido? Y ahora repartiros un poco mejor por los pupitres, y en silencio.

Entonces, todos nos levantamos y, sin decir nada, cambiamos de sitio; no era buen momento para hacer el tonto: ¡la maestra tenía una pinta terriblemente enfadada! Yo me senté con

Godofredo, Majencio, Clotario y Alcestes, y no estábamos muy bien, porque Alcestes ocupa un sitio terrible y suelta migas por todas partes con sus tostadas. La maestra nos miró un buen rato, lanzó un gran suspiro y salió de nuevo a hablar con las otras maestras.

Y después Godofredo se levantó, fue al encerado y, con la tiza, dibujó un monigote divertidísimo, aunque le faltaba la nariz, y escribió: «Majencio es un imbécil.» Eso nos hizo reír, salvo a Agnan, que había vuelto a su historia, y a Majencio, que se levantó y fue hacia Godofredo a darle una bofetada;
Godofredo, claro, se defendió, y, apenas nos pusimos todos de pie gritando, entró corriendo la maestra, y estaba muy colorada, con ojos furiosos; no la había visto así e enfada desde hace una semana, por lo menos. Y, después, cuando vio el encerado, fue lo peor.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó la maestra.

—Godofredo —contestó Agnan.

—¡Chivato asqueroso! —gritó Godofredo—¡Te vas a ganar una torta!, ¿sabes?

—Sí —gritó Majencio—. ¡Dale, Godofredo!

Entonces fue terrible. La maestra se encolerizó terriblemente, golpeó con la regla montones de veces en su mesa. Agnan se puso a gritar y a llorar; dijo que nadie lo quería, que era injusto, que todos se aprovechaban de él, que iba a morirse y a quejarse a sus padres, y todos estábamos de pie, y todos gritábamos; se pasó bien.

—¡Siéntense! —gritó la maestra—Por última vez, ¡siéntense! ¡No quiero volver a oírles! ¡Siéntense!

Entonces nos sentamos. Yo estaba con Rufo, Majencio y Joaquín, y el director entró en clase.

—¡De pie! —dijo la maestra.

—¡Siéntense! —dijo el director.

Y después nos miró y le preguntó a la maestra:

—¿Qué ocurre aquí? ¡Se oye gritar a sus alumnos en toda la escuela! ¡Es insoportable! Y, además, ¿por qué están sentados cuatro o cinco en un banco, cuando hay sitios vacíos? ¡Que cada uno vuelva a su sitio!

Nos levantamos todos, pero la maestra le explicó al director el asunto de los bancos mojados.

El director pareció asombrado y dijo que bueno, que volviéramos al sitio que acabábamos de dejar.

Entonces yo me senté con Alcestes, Rufo, Clotario, Joaquín y Eudes; estábamos terriblemente apretados. Y después el director señaló el encerado con el dedo, y preguntó:

—¿Quién ha hecho eso? ¡Vamos! ¡Pronto!

Y Agnan no tuvo tiempo de hablar, porque Godofredo se levantó llorando y diciendo que no era culpa suya.

—Demasiado tarde para quejas y lloriqueos, amiguito —dijo el director—.
Se desliza usted por una mala pendiente, la que conduce al presidio; ¡pero voy a quitarle la costumbre de utilizar un vocabulario grosero y de insultar a sus condiscípulos! Va a copiarme quinientas veces lo que ha escrito en el encerado. ¿Entendido?... Y en cuanto a los demás, aunque ha parado de llover, no bajarán ustedes al patio de recreo hoy. Eso les enseñará a respetar la disciplina; ¡se quedarán en clase, vigilados por su maestra!

Y cuando el director se marchó, nos sentamos Godofredo, Majencio y yo en, nuestro banco, y nos dijimos que la maestra era realmente estupenda, y que nos quería mucho, aunque a veces la hacíamos rabiar. ¡Era ella la que parecía más fastidiada de todos cuando supo que no tendríamos derecho a bajar hoy al patio!

EL AJEDREZ

El domingo hacía frío y llovía, pero no me molestaba, porque estaba invitado a merendar en casa de Alcestes, y Alcestes es un buen compañero, que es muy gordo, y al que le encanta comer, y con Alcestes siempre se pasa bien, incluso cuando nos peleamos.

Cuando llegué a casa de Alcestes, me abrió la puerta su mamá, porque Alcestes y su papá ya estaban a la mesa y me esperaban para merendar.

—Llegas con retraso —me dijo Alcestes.

—No hables con la boca llena —dijo su papá— y pásame la mantequilla.

De merienda tomamos cada uno dos tazas de chocolate, un pastel de crema, pan tostado con mantequilla y mermelada, salchichón, queso, y, cuando acabamos, Alcestes preguntó a su mamá si podía tomar un poco de la fabada que quedaba del mediodía, porque quería que yo la probase; pero su mamá contestó que no, que eso nos quitaría el apetito para la cena, y que además no quedaba fabada del mediodía. Yo, de todas formas, ya no tenía hambre.

Y después nos levantamos para ir a jugar, pero la mamá de Alcestes nos dijo que tendríamos que portarnos bien, y, sobre todo, que no desordenáramos el cuarto, porque se había pasado toda la mañana arreglándolo.

—Vamos a jugar con el tren, con los cochecitos, a las canicas y con el balón de fútbol —dijo Alcestes.

—¡No! ¡Nada de eso! —dijo la mamá de Alcestes—. No quiero que tu habitación quede hecha un desbarajuste. ¡Buscad juegos más tranquilos!

—Entonces, ¿a qué? —preguntó Alcestes.

—Tengo una idea —dijo el papá de Alcestes—. Voy a enseñaros el juego más inteligente que existe. Id a vuestro cuarto; ahora voy yo.

Entonces fuimos al cuarto de Alcestes, y es cierto que estaba terriblemente bien ordenado, y después llegó su papá con un juego de ajedrez bajo el brazo.

—¿Al ajedrez? —dijo Alcestes—. ¡Si no sabemos jugar!

—Justamente —dijo el papá de Alcestes—, voy a enseñaros; ya veréis, ¡es formidable!

¡Y es cierto que es muy interesante el ajedrez! El papá de Alcestes nos enseñó cómo se colocan las piezas en el tablero (¡a las damas, sí que soy terrible!), nos enseñó los peones, las torres, los alfiles, los caballos, el rey y la reina, nos dijo cómo había que adelantarlos, y eso no es nada fácil, y también cómo había que hacer para comer las piezas del enemigo.

—Es como una batalla con dos ejércitos —dijo el papá de Alcestes—, y vosotros sois los generales.

Y después el papá de Alcestes cogió un peón en cada mano, cerró los puños, me dio a escoger, me tocaron las blancas y empezamos a jugar. El papá de Alcestes, que es fenómeno, se quedó con nosotros para darnos consejos y decirnos cuándo nos equivocábamos. La mamá de Alcestes vino y parecía contenta al vernos sentados, alrededor del pupitre de Alcestes, jugando. Y después el papá de Alcestes movió un alfil y dijo, riéndose, que yo había perdido.

—Bueno —dijo el papá de Alcestes—, creo que ya lo habéis entendido. Entonces, ahora, Nicolás va a coger las negras y vais a jugar los dos solos.

Y se marchó con la mamá de Alcestes, diciéndole que todo consistía en saber arreglárselas, y que si realmente no quedaba ni un poco de fabada.

Lo fastidioso con las piezas negras es que estaban un poco pegajosas, por culpa de la mermelada que Alcestes siempre tiene en los dedos.

—Comienza la batalla —dijo Alcestes—. ¡Adelante! ¡Bum!

Y adelantó un peón. Entonces yo hice avanzar mi caballo, y el caballo es el más difícil

de mover, porque va todo recto y después va de lado, pero también es el más estupendo, porque puede saltar.

—¡Lanzarote no teme a sus enemigos! —gritè.

—¡Adelante! ¡Ran, pataplán! ¡Ran, ran, pataplán! —contestó Alcestes, haciendo el tambor y empujando a varios peones con el revés de la mano.

—¡Eh! —dije—. ¡No tienes derecho a hacer eso!

—¡Defiéndete como puedas, canalla! —gritó Alcestes, que vino conmigo a ver una película llena de caballeros y de castillos en la televisión, el jueves, a casa de Clotario.
Entonces, con las dos manos, empujé también mis peones, haciendo el cañón y la ametralladora, «ratatatatá», y cuando mis peones se encontraron con los de Alcestes, montones de ellos se cayeron.

—¡Eh, un momento! —me dijo Alcestes—. ¡Eso no vale! ¡Haces la ametralladora y en aquel tiempo no las había! Es sólo el cañón, ¡bum!, o las espadas, ¡chas, chas! Si vas a hacer trampas, no vale la pena jugar.

Como Alcestes tenía razón, le dije que de acuerdo, y continuamos jugando al ajedrez.
Adelanté mi alfil, pero tuve problemas por culpa de todos los peones que estaban caídos en el tablero, y Alcestes, con el dedo, como jugando a las canicas, ¡bang!, lanzó mi alfil contra mi caballo, que se cayó.
Entonces yo hice lo mismo con mi torre, que envié contra su reina.

—¡Eso no vale!—me dijo Alcestes—. ¡La torre avanza recta y tú la has tirado de lado, como un alfil!

—¡Victoria! —grité—. ¡Son nuestros! ¡Adelante, valientecaballeros!
¡Por el rey Arturo! ¡Rataplán!

Y, con los dedos, lancé montones de piezas; era formidable.

—Espera —me dijo Alcestes—. Con los dedos es demasiado fácil; ¿y si lo hiciéramos con canicas? Las canicas serían balas, ¡bum!, ¡bum!

—Sí —dije—, pero no habría sitio en el tablero.

—Bueno, es muy sencillo —dijo Alcestes—. Tú te pones en un lado del cuarto y yo me pondré en el otro extremo. Y además vale esconder las piezas detrás de las patas de la cama, de la silla y del pupitre. Y después Alcestes fue a buscar las canicas a su armario, que estaba peor ordenado que su cuarto; había montones de cosas que cayeron en la alfombra, y yo me metí un peón negro en una mano y un peón blanco en la otra, cerré los puños y le di a escoger a Alcestes, al que le tocaron las blancas. Empezamos a lanzar canicas haciendo «¡bum!» cada vez, y como nuestras piezas estaban bien escondidas era difícil darles.

—Oye, ¿y si cogiéramos los vagones de tu tren y los cochecitos para hacer de tanques? —dije.

Alcestes sacó el tren y los coches del armario, metimos los soldados dentro e hicimos avanzar los tanques, brum, brum.

—Pero nunca conseguiremos darles a los soldados con las canicas, si están dentro de los tanques —dijo Alcestes.

—Podemos bombardearlos —dije.

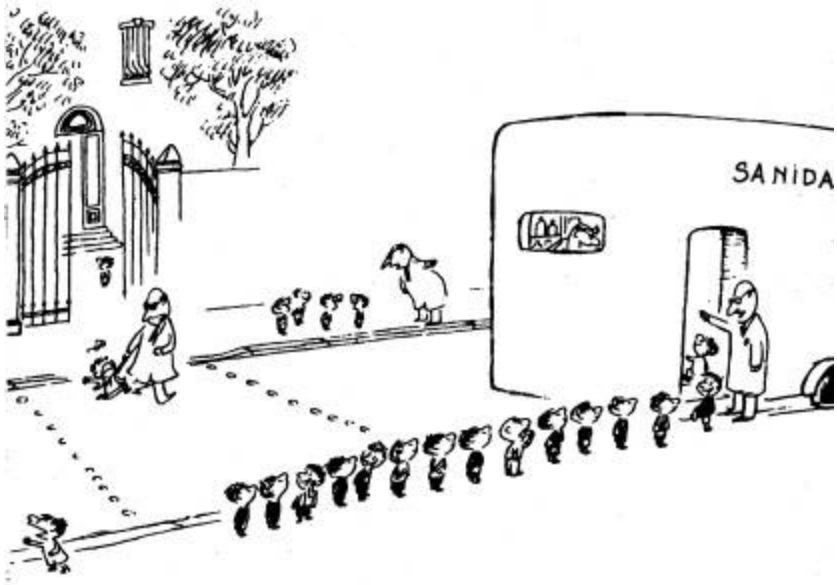
Entonces hicimos los aviones con las manos llenas de canicas, hacíamos brumm, brumm, y, después, cuando pasábamos encima de los tanques, soltábamos las canicas, ¡bum! Pero las canicas no les hacían nada a los vagones y a los coches; entonces Alcestes se fue a buscar su balón de fútbol y me dio otro balón, rojo y azul, que le habían comprado para ir a la playa, y empezamos a

tirar los balones contra los tanques, y era formidable. Y después Alcestes chutó demasiado fuerte y el balón de fútbol fue a dar contra la puerta, rebotó hacia el pupitre, donde tiró el frasco de tinta, y entró la mamá de Alcestes.

¡Estaba terriblemente enfadada la mamá de Alcestes! le dijo a Alcestes que esa noche, a la cena, se quedaría sin repetir el postre y me dijo que se hacia tarde y que más valdría que volviera a casa de mi pobre madre. Y cuando me marché, aún gritaban en casa de Alcestes, a quien ahora regañaba su papá.

¡Es una lástima que no hayamos podido continuar, porque el juego del ajedrez es fenómeno! En cuanto haga bueno, iremos a jugar a eso al solar.

Porque, claro, no es un juego para jugarlo dentro de una casa ese del ajedrez, ¡brum, bum, bum!



Los médicos

Cuando entré en el patio de la escuela esta mañana, Godofredo vino hacia mí, con pinta de fastidiado. Me dijo que había oído a los mayores decir que vendrían unos médicos a hacernos radiografías. Y después llegaron los demás compañeros.

—Es mentira —dijo Rufo—. Los mayores siempre cuentan mentiras.

—¿Qué es mentira? —preguntó Joaquín.

—Que van a venir unos médicos esta mañana a vacunarnos —contestó Rufo.

—¿Crees que no es cierto? —preguntó Joaquín, terriblemente preocupado.

—¿Qué es lo que no es cierto? —preguntó Majencio.

—Que van a venir unos médicos a operarnos —contestó Joaquín.

—¡Yo no quiero! —gritó Majencio.

—¿Qué es lo que no quieres? —preguntó Eudes.

—¡No quiero que me quiten la apendicitis! —contestó Majencio.

—¿Qué es la apendicitis? —preguntó Clotario.

—Es lo que me quitaron cuando era pequeño —contestó Alcestes—. De modo que vuestros médicos me hacen morir de risa —y se rió.

Y después el Caldo —es nuestro vigilante— toco la campana y nos pusimos en fila. Estábamos todos fastidiados, salvo Alcestes, que se reía, y Agnan, que no había oído nada porque repasaba sus lecciones. Cuando entramos en clase, la maestra nos dijo:

—Niños, esta mañana van a venir unos médicos para...

Y no pudo continuar, porque Agnan se levantó de pronto.

—¿Unos médicos? —gritó Agnan—. ¡No quiero que me vean los médicos! ¡No iré al médico! ¡Me quejaré! ¡Y, además, no puedo ir al médico, estoy enfermo!

La maestra golpeó la mesa con la regla, y mientras Agnan lloraba, continuó:

—Realmente no hay por qué alarmarse, ni portarse como bebés. Los médicos van simplemente a miraros por rayos, eso no hace nada de daño y...

—Pero —dijo Alcestes— a mí me han dicho que venían a quitarnos las apendicitis. ¡A mí eso de las apendicitis me parece bien, pero lo de los rayos no me gusta un pelo!

—¿Las apendicitis? —gritó Agnan, y se revolcó por el suelo.

La maestra se enfadó, volvió a golpear la mesa con la regla, le dijo a Agnan que se estuviera quieto si no quería que le pusiera un cero en geografía (era la hora de geografía) y dijo que al primero que hablase lo haría expulsar de la escuela. Entonces nadie dijo nada, salvo la maestra:

—Bueno —dijo—. Los rayos son simplemente una foto para ver si vuestros pulmones se hallan en buen estado. Además, ya os habrán visto por rayos, seguramente, y ya sabéis lo que es. De modo que es inútil venir con cuentos; no servirá de nada.

—Pero, señorita —empezó Clotario—, mis pulmones...

—Deje a sus pulmones en paz y venga al encerado a decirnos lo que sepa sobre los afluentes del Loira —le dijo la maestra,

En cuanto acabó de interrogar a Clotario, y en cuanto lo mandó castigado al rincón, entró el Caldo.

—Le toca a su clase, señorita —dijo el Caldo

—Perfecto —dijo la maestra—. En pie, en silencio y en fila.

—¿También los castigados? —preguntó Clotario.

Pero la maestra no pudo contestarle, porque Agnan empezó otra vez a llorar y a gritar que él no iría, y que si lo hubieran avisado habría traído una tarjeta de sus padres, y que mañana traería una, y se agarraba con las dos manos a su pupitre y daba patadas por todas partes. Entonces la maestra lanzó un suspiro y se acercó a él.

—Oye, Agnan —dijo la maestra—. Te aseguro que no tienes por qué tener miedo. Los médicos ni siquiera te tocarán; y, además, ya lo verás, es divertido; los médicos han venido en un gran camión, y se entra al camión subiendo una escalerita. Y dentro del camión, es lo más bonito que puedas imaginar. Y además mira: si te portas bien, prometo preguntarte en aritmética.

—¿Sobre las fracciones? —preguntó Agnan.

La maestra le contestó que sí; entonces Agnan soltó su pupitre y se puso en fila con nosotros, temblando terriblemente y haciendo «;ay, ay, ay!» muy bajito y todo el tiempo.

Cuando bajamos al patio, nos cruzamos con los mayores, que volvían a clase.

—¡Eh! ¿Hace daño? —les preguntó Godofredo.

—¡Terrible! —contestó un mayor—. ¡Quema, pincha, araña, y llevan cuchillos enormes y hay sangre por todas partes!

Y todos los mayores se marcharon riéndose, y Agnan se tiró al suelo y se puso malo, y el Caldo tuvo que venir a cogerlo en brazos para llevarlo a la enfermería.

Delante de la puerta de la escuela había un camión blanco enormemente grande, con una escalerita para subir en la trasera y otra para bajar, en un lado, delante. Fenómeno. El director hablaba con un médico que llevaba una bata blanca.

—Son ésos —dijo el director—, aquellos de que le hablé.

—No se preocupe, señor director, estamos acostumbrados —dijo el médico—. Los meteremos en cintura. Todo transcurrirá con tranquilidad y silencio.

Y entonces se oyeron unos gritos terribles; ¡era el Caldo, que llegaba arrastrando a Agnan por y un brazo.

—Creo —dijo el Caldo— que tendrían que empezar por éste; es un poco nervioso.
Entonces, uno de los médicos cogió a Agnan en brazos, y Agnan le daba montones de patadas diciendo que le soltaran, que le habían prometido que los médicos no le tocarían, que todos mentían y que iría a quejarse a la policía. Y después el médico entró en el camión con Agnan, oímos más gritos y después una gruesa voz que decía: «¡Deja

de moverte! ¡Si continúas pataleando, te llevo al hospital!» Y después hubo unos «ay, ay, ay», y vimos bajar a Agnan por la puerta del lado, con una gran sonrisa en la cara, y volvió corriendo a la escuela.

—Bueno —dijo uno de los médicos, secándose la cara—. ¡Adelante, los cinco primeros! ¡Como soldaditos!

Y como nadie se movió, el médico señaló a cinco con el dedo.

—Tú, tú, tú, tú y tú —dijo el médico.

—¿Por qué nosotros, y no él? —preguntó Godofredo, señalando a Alcestes.

—¡Sí! —dijimos Rufo, Clotario, Majencio y yo.

—El médico ha dicho tú, tú, tú, tú y tú —dijo Alcestes—. No ha dicho
yo. De modo que te toca ir a ti, y a ti, y a ti, y a ti, y a ti. ¡No a mí!

—¿Sí? Bueno, pues si tú no vas, ni él, ni él, ni él, ni él, ni yo vamos
—contestó Godofredo.

—¿Habéis acabado ya? —gritó el médico—. ¡Vamos, vosotros cinco, subid!
¡Y a toda velocidad!

Entonces subimos; era estupendo el camión; un médico escribió nuestros nombres, nos hicieron quitar las camisas, nos pusieron uno después de otro detrás de un trozo de cristal y nos dijeron que ya habían acabado y que nos pusiéramos las camisas.

—¡Es estupendo el camión! —dijo Rufo.

—¿Has visto la mesita? —dijo Clotario.

—Para hacer viajes, ¡debe de ser formidable! —dije.

—¿Y cómo funciona? —preguntó Majencio.

—¡No toquéis nada! —gritó un médico—. ¡Y bajad! ¡Tenemos prisa! ¡Vamos, largo de aquí!... ¡No! ¡Por detrás, no! ¡Por ahí! ¡Por ahí!

Pero como Godofredo, Clotario y Majencio se habían ido atrás para bajar, se armó un buen follón con los compañeros que subían. Y después, el médico que estaba en la puerta de atrás paró a Rufo, que había dado la vuelta y quería volver a ! subir al camión, y le preguntó si no había pasado ya por rayos.

—No —dijo Alcestes—, el que pasó ya por rayos soy yo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el médico.

—Rufo —dijo Alcestes.

—¡Me hará daño! —dijo Rufo.

—¡Eh, vosotros! ¡Los de allá! ¡No subáis por la puerta de delante!
—gritó un médico.

Y los médicos continuaron trabajando con montones de compañeros que subían y bajaban, y con Alcestes que le explicaba a un médico que no valía la pena mirarlo a él, porque ya no tenía apendicitis. Y después el conductor del camión se asomó y preguntó si podían irse, que ya estaban muy retrasados.

—¡Vámonos! —gritó un médico en el camión— Ya han pasado todos, menos uno, Alcestes, ¡debe de estar ausente!

Y el camión salió, y el médico que discutía con Alcestes en la acera se volvió y gritó: «¡Eh! ¡Esperadme! ¡Esperadme!» Pero los del camión no lo oyeron, quizá porque todos gritábamos.

El médico estaba furioso; y eso que los médicos y nosotros quedamos empatados, porque nos habían dejado uno de sus médicos, pero se habían llevado a uno de nuestros compañeros: Godofredo, que se quedó en el camión.

La nueva librería

Han abierto una nueva librería, muy cerca de la escuela, donde estaba antes la lavandería, y a la salida fui a echar un vistazo con mis compañeros.

El escaparate de la librería es fenómeno, con montones de revistas, periódicos, libros, plumas, y entramos, y el señor de la librería, cuando nos vio, nos echó una gran sonrisa y dijo:

—¡Vaya, vaya! Llegan clientes. ¿Venís de la escuela de al lado? Estoy seguro de que seremos buenos amigos. Me llamo Escarbille.

—Y yo, Nicolás —dije.

—Y yo. Rufo —dijo Rufo.

—Y yo, Godofredo —dijo Godofredo.

—¿Tiene usted la revista Problemas económico-sociológicos del mundo occidental? —preguntó un señor que acababa de entrar.

—Y yo, Majencio —dijo Majencio.

—Sí, ¡ah!..., muy bien, pequeño —dijo el señor Escarbille—. Le atiendo ahora mismo, señor —y se puso a buscar en un montón de revistas, y Alcestes le preguntó:

—Esos cuadernos de ahí, ¿cuánto cuestan?

—¿Hummm? ¿Qué? dijo el señor Escarbille—. ¡Ah!, aquellos. Cincuenta francos, pequeño.

—En la escuela nos los venden a treinta francos —dijo Alcestes.

El señor Escarbille dejó de buscar la revista del señor, se volvió y dijo:

—¿Cómo? ¿A treinta francos? ¿Los cuadernos cuadriculados de cien hojas?

—¡Ah!, no —dijo Alcestes—; los de la escuela tienen cincuenta hojas.
¿Puedo ver ese cuaderno?

—Sí —dijo el señor Escarbille—, pero límpiate las manos; están llenas de mantequilla, por culpa de las tostadas.

—Bueno, ¿tiene o no tiene mi revista Problemas económico-sociológicos del mundo occidental? —preguntó el señor.

—Sí, señor, claro que sí, se la encuentro en seguida —dijo el señor
Escarbille—. Acabo de establecerme y aún no estoy muy bien organizado... ¿Qué haces tú ahí?

Y Alcestes, que había pasado detrás del mostrador, le dijo:

—Como estaba usted ocupado, fui a coger yo mismo el cuaderno que usted dice que tiene cien hojas.

—¡No! ¡No toques! ¡Vas a tirarlo todo! gritó el señor Escarbille—. Me he pasado toda la noche ordenándolo... Mira, ahí tienes el cuaderno, ¡y no lo llenes de migas con tu croissant!

Y después el señor Escarbille cogió una revista y dijo:

—¡Ah! ¡Ahí tiene los Problemas económico-sociológicos del mundo occidental!

Pero como el señor que quería comprar la revista se había ido, el señor Escarbille lanzó un gran suspiro y dejó la revista en su sitio.

—¡Mira! —dijo Rufo, metiendo el dedo en una revista—, ésta es la revista que lee mamá todas las semanas.

—Perfecto —dijo el señor Escarbille—, ahora tu mamá podrá comprar aquí su revista.

—¡Ah, no! —dijo Rufo—. Mi mamá nunca compra la revista. La señora Boitafleur, que vive al lado, le da la revista a mamá después de que ella la ha leído. Y la señora Boitafleur nunca compra la revista, tampoco; la recibe por correo todas las semanas.

El señor Escarbille miró a Rufo sin decir nada, y Godofredo me tiró del brazo y me dijo: «¡Ven a ver!»

Y fui, y contra la pared había montones de tebeos. ¡Formidable!

Empezamos a mirar las tapas, y después abrimos las tapas para ver el interior, pero no se podía abrir bien, por culpa de las pinzas que sujetaban las revistas.

No nos atrevimos a quitar las pinzas, porque quizá no le hubiera gustado al señor Escarbille, y no queremos molestarle.

—Mira —me dijo Godofredo—, ése lo tengo. Es una historia con aviadores, broummmmm. Hay uno, es muy valiente, pero cada vez hay tipos que quieren hacerle cosas a su avión para que caiga; pero cuando el avión cae, el que está dentro no es el aviador, sino un compañero. Entonces todos los demás compañeros creen que es el aviador el que ha hecho caer al avión para desembarazarse de su compañero, pero no es cierto, y el aviador, después, descubre a los verdaderos bandidos.

¿No lo has leído?

—No —dije—. Leí la historia con el cowboy y la mina abandonada, ¿no sabes? Cuando llega, hay

unos tíos enmascarados que empiezan a disparar sobre él. ¡Bang! ¡bang! ¡bang! ¡bang!

—¿Qué pasa? —gritó el señor Escarbille, que estaba ocupado diciéndole a Clotario que no jugara con la cosa que da vueltas, esa donde se ponen los libros para que las gentes los escojan y los compren.

—Le estoy explicando una historia que he leído —le dije al señor Escarbille.

—¿La tiene usted? —preguntó Godofredo.

—¿Qué historia? —dijo el señor Escarbille, que se había peinado con los dedos.

—Es un cowboy —dije— que llega a una mina abandonada. Y en la mina hay unos tíos que lo esperan, y...

—¡La he leído! —gritó Eudes—. Y los tíos empiezan a tirar: ¡bang! ¡bang! ¡bang!

—... ¡Bang! Y después el sheriff dice: «¡Hola, extranjero! —dije yo—. Por aquí no nos gustan los curiosos»...

—Sí —dijo Eudes—, y entonces el cowboy saca su pistola, y ¡bang! ¡bang! ¡bang!

—¡Ya basta! —dijo el señor Escarbille.

—A mí me gusta más mi historia del aviador —dijo Godofredo—. ¡Brummm! ¡baummm!

—No me hagas reír con tu historia del aviador —dije—. Al lado de mi historia del cowboy, ¡es terriblemente estúpida tu historia del aviador!

—¡Ah! ¿Sí? —dijo Godofredo—. Pues, para que te enteres, tu historia del cowboy es más estúpida que nada.

—¿Quieres un puñetazo en la nariz? —preguntó Eudes.

—¡Niños!... —gritó el señor Escarbille.

Y después oímos un ruido enorme, y toda la cosa con los libros cayó al suelo.

—¡Casi no la toqué! —gritó Clotario, que se había puesto colorado.

El señor Escarbille no parecía nada contento, y dijo:

—Bueno, ¡ya basta! No toquéis nada. ¿Queréis comprar algo, si o no?

—Noventa y nueve, ¡cien! —dijo Alcestes—. Sí, su cuaderno tiene cien hojas, no era mentira. Es formidable; sí que lo compraría.

El señor Escarbille le quitó el cuaderno de las manos a Alcestes, y fue muy fácil porque las manos de Álceles siempre están resbaladizas; miró el cuaderno y dijo:

—¡Condenado niño! ¡Has ensuciado todas las hojas con los dedos! Bueno, peor para ti. Son cincuenta francos.

—Sí —dijo Alcestes—. Pero no tengo dinero. De modo que, en casa, a la hora de comer, voy a pedirle a papá que me lo dé. Pero no se haga ilusiones, porque hice el tonto ayer, y papá dijo que me castigaría.

Y como era tarde nos marchamos todos, gritando:

—¡Hasta la vista, señor Escarbille!

El señor Escarbille no contestó; estaba ocupado mirando el cuaderno que quizá le compre Alcestes.

Yo estoy encantado con la nueva librería, y sé que ahora seremos siempre bien recibidos. Porque, como dice mamá: «Siempre hay que hacerse amigo de los comerciantes; así, después, se acuerdan de nosotros y nos sirven bien.»

Rufo está enfermo

Estábamos en clase, haciendo un problema de aritmética muy difícil, donde hablaban de un granjero que vendía montones de huevos y de patatas, y entonces Rufo levantó la mano.

—Dime, Rufo —dijo la maestra.

—¿Puedo salir, señorita? —preguntó Rufo—. Estoy enfermo.

La maestra le dijo a Rufo que fuera a su mesa; lo miró, le puso la mano en la frente y le dijo:

—Es cierto que no tienes buen aspecto. Puedes salir; ve a la enfermería y diles que se ocupen de ti.

Y Rufo se marchó muy contento, sin acabar su problema. Entonces
Clotario levantó la mano y la maestra le dio a conjugar el verbo: «No debo fingir que estoy enfermo para tratar de tener una disculpa y no hacer mi problema de aritmética.» En todos los tiempos y en todos los modos.

En el recreo, en el patio, encontramos a Rufo y fuimos a verlo.

—¿Has ido a la enfermería? —pregunté.

—No —me contestó Rufo—. Me escondí hasta el recreo.

—¿Y por qué no fuiste a la enfermería? —preguntó Eudes.

—No estoy tan loco —dijo Rufo—. La última vez que fui a la enfermería me pusieron yodo en la rodilla y me picó mucho.

Entonces Godofredo le preguntó a Rufo si estaba realmente enfermo, y Rufo le preguntó si quería una torta, y eso hizo reír a Clotario, y no me acuerdo muy bien de lo que dijeron los compañeros y de cómo fue la cosa, pero pronto estuvimos todos peleándonos alrededor de Rufo que se había sentado a mirarnos y gritaba: «¡Dale! ¡Dale! ¡Dale!»

Claro, como de costumbre, Alcestes y Agnan no se pegaban. Agnan, porque repasaba sus lecciones y porque por culpa de sus gafas no se le puede pegar; y Alcestes, porque tenía que acabar dos tostadas antes del final del recreo.

—Y después llegó corriendo el señor Mouchabière. El señor Mouchabière es un nuevo vigilante que no es muy viejo y que ayuda al Caldo, nuestro vigilante de verdad, a vigilarnos. Porque eso es cierto: aunque nos portemos bien, vigilar el recreo da mucho trabajo.

—Bueno —dijo el señor Mouchabière—, ¿qué pasa ahora, pandilla de salvajes? ¡Voy a ponerles un castigo a todos!

—A mi no —dijo Rufo—; yo estoy enfermo.

—Si —dijo Godofredo.

—¿Quieres una torta? —preguntó Rufo.

—¡Silencio! —gritó el señor Mouchabière—. ¡Silencio, o les prometo que se pondrán todos enfermos.

Entonces no dijimos nada, y el señor Mouchabière le pidió a Rufo que se acercara.

—¿Qué tiene usted? —le preguntó el señor Mouchabière.

—Rufo dijo que no se encontraba bien.

—¿Se lo ha dicho usted a sus padres? —preguntó el señor Mouchabière.

—Si —dijo Rufo—, se lo dije a mi mamá esta mañana.

—Entonces —dijo el señor Mouchabière—, ¿por qué su madre lo ha dejado venir a la escuela?

—Bueno —explicó Rufo—, todas las mañanas le digo a mi mamá que no me encuentro bien. Entonces, claro, no puede darse cuenta. Pero esta vez no era trola.

El señor Mouchabière miró a Rufo, se rascó la cabeza y le dijo que tenía que ir a la enfermería.

—¡No! —gritó Rufo.

—¿Cómo que no? —dijo el señor Mouchabière—. Si está enfermo, tiene que ir a la enfermería. ¡Y cuando yo digo algo, hay que obedecerme!

Y el señor Mouchabière cogió a Rufo del brazo, pero Rufo empezó a gritar: «¡No! ¡No! ¡No iré! ¡No iré!», y se tiró al suelo llorando.

—No le pegue —dijo Alcestes, que acababa de terminar sus tostadas—. ¿No ve que está enfermo?

El señor Mouchabière miró a Alcestes con los ojos muy abiertos.

—Pero, si no le... —empezó a decir, y después se puso muy colorado y le gritó a Alcestes que no se metiera donde no lo llamaban, y lo castigó sin salir

—¡Esta sí que es buena! —gritó Alcestes— ¿Conque me quedaré sin salir porque ese imbécil esté enfermo?

—¿Quieres una torta? —preguntó Rufo, que dejó de llorar.

—Sí —dijo Godofredo.

Y todos empezamos a gritar juntos y a discutir; Rufo se sentó a mirarnos, y el Caldo llegó corriendo.

—¿Qué, señor Mouchabière —dijo el Caldo—, tiene problemas?

—Es por culpa de Rufo, que está enfermo —dijo Eudes.

—No le he preguntado nada —dijo el Caldo. Señor Mouchabière, castigue a ese alumno, por favor.

Y el señor Mouchabière dejó castigado a Eudes, lo cual le gustó a Alcestes, porque cuando uno se queda castigado sin salir, es más divertido cuando hay compañeros.

Y después, el señor Mouchabière le explicó al Caldo que Rufo no quería ir a la enfermería y que Alcestes se había permitido decirle que no le pegara a Rufo y que él jamás le había pegado a Rufo y que éramos insoportables, insoportables, insoportables. Dijo eso tres veces, el señor Mouchabière, con una voz que la última vez parecía la de mamá cuando la hago rabiar. El Caldo se pasó la mano por la barbilla, y después cogió al señor Mouchabière del brazo, se lo llevó algo más lejos, le pasó la mano por el hombro y le habló mucho tiempo en voz baja. Y después el Caldo y el señor Mouchabière regresaron junto a nosotros.

—Va usted a ver, hijo —dijo el Caldo, con una gran sonrisa en la boca.

Y después llamó a Rufo con el dedo.

—Va usted a hacerme el favor de venir conmigo a la enfermería, sin hacer más comedias. ¿De acuerdo?

—¡No! —gritó Rufo. Y se tiró al suelo llorando y gritando—: ¡Nunca!
¡Nunca! ¡Nunca!

—No hay que forzarlo —dijo Joaquín.

Entonces fue terrible. El Caldo se puso muy colorado, castigó sin salir a Joaquín y a Majencio, que se reía. Lo que me extrañó, fue la gran sonrisa que tenía ahora la boca del señor Mouchabière.

Y después el Caldo le dijo a Rufo:

—¡A la enfermería! ¡Inmediatamente! ¡Y sin discusiones!

Y Rufo vio que no era momento de bromear, y dijo que bueno, que valía, que quería ir, pero a condición de que no le pusieran yodo en la rodilla.

—¿Yodo? —dijo el Caldo—. Nadie le pondrá yodo. Pero, cuando esté bueno, venga a verme.

Tenemos que arreglar cuentas. Y, ahora, váyase con el señor Mouchabière.

Y todos fuimos hacia la enfermería, y el Caldo se puso a gritar:

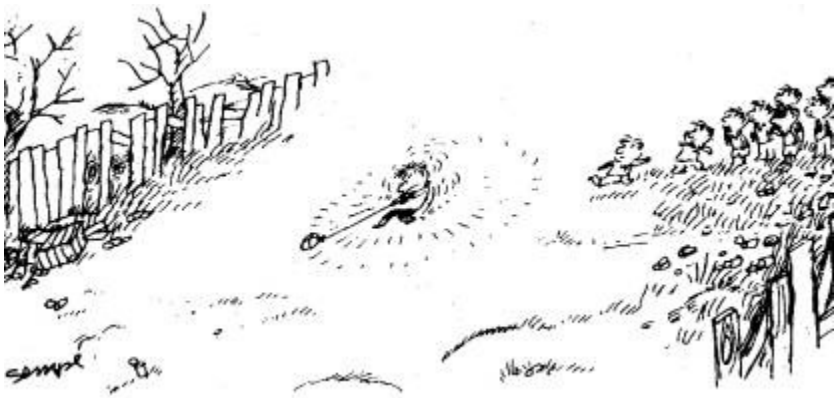
—¡Todos, no! ¡Sólo Rufo! ¡La enfermería no es el patio del recreo! Y, además, lo de su compañero puede ser contagioso.

Eso nos hizo morirnos de risa, salvo a Agnan, que siempre tiene miedo de que los demás lo contagien.

Y luego después el Caldo tocó la campana y fuimos a clase, mientras el señor Mouchabière acompañaba a Rufo a su casa. Tiene suerte Rufo, había clase de gramática.

En cuanto a la enfermedad, no es nada grave, felizmente.

Rufo y el señor Mouchabière tienen el sarampión.



Los atletas

No sé si ya os he dicho que en el barrio hay un solar donde a veces vamos a jugar mis amiguetes y yo.

¡Es formidable el solar! Hay hierba, piedras, un colchón viejo; un coche que ya no tiene ruedas pero que aún está estupendo y nos sirve de avión,
«brum», o de autobús, «ding, ding»; hay latas y también, a veces, gatos; pero con ellos no se divierte uno nada, porque cuando nos ven llegar, se van.

Estábamos en el solar todos los amiguetes, y nos preguntábamos a qué íbamos a jugar, porque el balón de fútbol de Alcestes está confiscado hasta el final del trimestre.

—¿Y si jugáramos a la guerra? —preguntó Rufo.

—Sabes perfectamente —contestó Eudes—, que cada vez que queremos jugar a la guerra nos pegamos porque nadie quiere hacer de enemigo.

—Tengo una idea —dijo Clotario—. ¿Y si hiciéramos una competición de atletismo?

Y Clotario nos explicó que lo había visto en la tele y que era fenómeno. Que había montones de pruebas, que todos hacían montones de cosas al mismo tiempo, y que los mejores eran los campeones y los hacían subir a una banqueta y les daban medallas.

—Y, ¿de dónde vas a sacar la banqueta y las medallas? —preguntó Joaquín.

—Haremos como si estuvieran —contestó Clotario.

—Era una buena idea, y estuvimos de acuerdo.

—Bueno —dijo Clotario—, la primera prueba será el salto de altura.

—Yo no salto —dijo Alcestes.

—Tienes que saltar —dijo Clotario—. ¡Todos tienen que saltar!

—No, señor —dijo Alcestes—. Estoy comiendo, y si salto me pondré malo, y si me pongo malo, no podré acabar mis tostadas antes de cenar. Yo no salto.

—Bueno —dijo Clotario—. Sostendrás el bramante que tenemos que saltar. Porque necesitamos un bramante.

Entonces nos buscamos en los bolsillos, encontramos canicas, botones, sellos y un caramelo, pero no bramante.

—Bueno, pues usemos un cinturón —dijo Godofredo.

—¡Ah, no! —dijo Rufo—. No se puede saltar bien si al mismo tiempo hay qué sujetarse el pantalón.

—Alcestes no salta —dijo Eudes—. Que nos preste su cinturón.

—No uso cinturón —dijo Alcestes—. Mi pantalón se aguanta solo.

—Voy a buscar por el suelo, a ver si encuentro un trozo de bramante —dijo Joaquín. Majencio dijo que buscar un trozo de bramante en el solar era un trabajo terrible, y que no podíamos pasarnos la tarde buscando un trozo de bramante, y que debíamos hacer otra cosa.

—¡Eh, chicos! —gritó Godofredo—. ¿Y si hiciéramos un concurso para ver quién anda más tiempo con las manos? ¡Miradme! ¡Miradme!

Y Godofredo se puso a andar con las manos, y lo hace muy bien; pero Clotario dijo que nunca había visto pruebas de andar con las manos en las competiciones de atletismo, imbécil.

—¿Imbécil? ¿Quién es el imbécil? —preguntó Godofredo, dejando de andar.

Y Godofredo se puso al derecho, y fue a pegarse con Clotario.

—Mirad, chicos —dijo Rufo—, para pegarse y hacer el tonto no vale la pena venir al solar; lo podemos hacer perfectamente en la escuela.

Y como tenía razón, Clotario y Godofredo dejaron de pegarse, y Godofredo le dijo a Clotario que continuarían donde quisiera, cuando quisiera y como quisiera.

—No me das miedo, Bill —dijo Clotario—. En el rancho, sabemos cómo tratar a los coyotes de tu calaña.

—Entonces —dijo Alcestes—, ¿jugamos a los vaqueros o saltáis?

—¿Has visto alguna vez saltar sin bramante? —preguntó Majencio.

—Bueno, muchacho —dijo Godofredo—. ¡Desenfunda!

Y Godofredo hizo ¡pan!, ¡pan! con su dedo como revólver, y Rufo se agarró el vientre con las dos manos, y dijo: «¡Me has matado, Tom!», y cayó en la hierba.

—Como no podemos saltar —dijo Clotario—, vamos a hacer carreras.

—Si tuviéramos el bramante —dijo Majencio—, podríamos hacer carreras de obstáculos.

Clotario dijo que ya que no teníamos bramante, que bueno, que haríamos los cien metros desde la valla al coche.

—¿Y eso son cien metros? —preguntó Eudes.

—¿Qué importa eso? —dijo Clotario—. El primero que llegue al coche ha ganado los cien metros, y peor para los otros.

Pero Majencio dijo que no sería como en las carreras de cien metros de verdad, porque en las carreras de verdad, al final, hay un bramante, y el ganador rompe el bramante con el pecho, y Clotario le dijo a Majencio que empezaba a fastidiarlo con su bramante, y Majencio le contestó que no hay que meterse a organizar competiciones de atletismo cuando no se tiene bramante, y Clotario le contestó que no tenía bramante, pero que tenía una mano y que iba a andarle en la cara a Majencio. Y Majencio le pidió que lo intentara, y Clotario lo habría conseguido si Majencio no le hubiera dado antes una patada.

Cuando acabaron de pegarse, Clotario estaba muy enfadado. Dijo que no entendíamos nada de atletismo y que éramos unos asquerosos, y después vimos llegar a Joaquín corriendo, muy contento:

—¡ Eh, Chicos! ¡Mirad! ¡Encontré un trozo de alambre!

Entonces Clotario dijo que era fenómeno y que íbamos a poder continuar la competición, y que como ya estábamos todos un poco hartos de las pruebas de salto y de carrera, íbamos a lanzar el martillo. Clotario nos explicó que el martillo no era un martillo de verdad, sino un peso atado a una cuerda que se hacía girar muy de prisa y que se soltaba. El que lanzaba más lejos el martillo, era el campeón. Clotario hizo el martillo con el trozo de alambre y una piedra atada al extremo.

—Empiezo yo, porque la idea fue mía —dijo Clotario—. ¡Vais a ver qué lanzamiento!

Clotario empezó a girar sobre sí mismo montones de veces con el martillo, y después lo soltó.

Interrumpimos la competición de atletismo, y Clotario decía que el campeón era él. Pero los demás decían que no, que ya que no habían tirado ellos el martillo, no se podía saber quién había ganado.

Pero yo creo que Clotario tenía razón. Habría ganado de todas maneras, ¡porque un lanzamiento desde el solar hasta el escaparate del ultramarinos del señor Compani no está nada mal!

El código secreto

¿Os habéis fijado en que cuando uno quiere hablar con los compañeros en clase es muy difícil y os molestan siempre? Claro, podéis hablar con el compañero que está sentado a vuestro lado; pero aunque tratéis de hablar muy bajo, la maestra os oye y os dice: «Como tiene tantas ganas

de hablar, venga al encerado, ¡ya veremos si es igual de charlatán!», y os pregunta los departamentos con sus capitales, y se arman montones de líos. También se pueden mandar trozos de papel donde se escribe lo que se tiene ganas de decir; pero también entonces, casi siempre, la maestra ve pasar el papel y hay que llevárselo a su mesa, y después llevárselo al director, y como lo que hay escrito es «Rufo es idiota, pásalo», o «Eudes es feo, pásalo», el director os dice que seréis toda la vida un ignorante, que acabaréis en presidio, que eso dará mucha pena a vuestros padres, que se matan a trabajar para que estéis bien educados. ¡Y os deja castigados sin salir!

Por eso esta mañana, en el primer recreo, nos pareció formidable la idea de Godofredo.

—He inventado un código sensacional —nos dijo Godofredo—. Es un código secreto que sólo entenderemos nosotros, los de la pandilla.

Y nos lo enseñó; para cada letra se hace un gesto. Por ejemplo, el dedo en la nariz, es la letra «a»; el dedo en el ojo izquierdo, es la «b»; el dedo en el ojo derecho, es la «c». Hay gestos diferentes para todas las letras: se rasca la oreja, se frota la barbilla, se dan palmadas en la cabeza, y así hasta la «z», en la que se bizquea. ¡Formidable!

Clotario no estaba muy de acuerdo; nos dijo que para él el alfabeto era ya un código secreto y que, en lugar de aprender ortografía para hablar con los compañeros, prefería esperar al recreo para decirnos todo lo que tuviera que decirnos. Y Agnan, claro, no quiere saber nada de códigos secretos. ¡Como es el primero y el ojito derecho, en clase prefiere escuchar a la maestra! ¡Este Agnan está loco!

Pero todos los demás pensamos que el código estaba muy bien. Y además un código secreto

es muy útil; cuando estemos pegándonos con los enemigos podemos decirnos montones de cosas, y así ellos no entenderán nada, y los vencedores somos nosotros.

Entonces le pedimos a Godofredo que nos enseñara su código. Todos nos pusimos alrededor de Godofredo y nos dijo que hiciéramos lo que él; se tocó la nariz con el dedo y todos nos tocamos las narices con los dedos; se puso un dedo en el ojo, y todos nos pusimos un dedo en el ojo. Y cuando estábamos bizqueando todos llegó el señor Mouchabière. El señor Mouchabière es un nuevo vigilante, que es un poco más viejo que los mayores, pero no mucho más, y parece que es la primera vez que trabaja de vigilante en una escuela.

—Escuchen —nos dijo el señor Mouchabière. No voy a cometer la locura de preguntarles qué traman con sus muecas. Lo único que les digo es que, si continúan, los castigo a todos para el jueves. ¿Entendido?

Y se marchó.

—Bueno —dijo Godofredo—, ¿os acordáis del código?

—A mí lo que me molesta —dijo Joaquín— es eso del ojo derecho y del ojo izquierdo para la «b» y la «c». Siempre me equivoco con la derecha y la izquierda; es como mamá, cuando conduce el coche de papá.

—Bueno, eso no importa —dijo Godofredo.

—¿Cómo que no importa? —dijo Joaquín—. Si quiero decirte «imbécil» y te digo «imcébil», no es lo mismo.

—¿Y a quién quieres decirle «imbécil», imbécil? —preguntó Godofredo.

Pero no tuvieron tiempo de pegarse, porque el señor Mouchabière tocó el final del

recreo. Con el señor Mouchabière, los recreos son cada vez más cortos.

Nos pusimos en fila y Godofredo nos dijo:

—En clase os mandaré un mensaje, y en el próximo recreo veremos quiénes lo han entendido. Os lo aviso, ¡para formar parte de la pandilla habrá que conocer el código secreto!

—¡Ah! ¡Muy bien! —dijo Clotario—. Entonces, el señor ha decidido que si yo no sé su código, que no sirve para nada, ya no formo parte de la pandilla.

¡Muy bien!

Entonces, el señor Mouchabière le dijo a Clotario:

—Me conjugará usted el verbo «No debo hablar en filas, sobre todo cuando he tenido tiempo durante todo el recreo para contar historias necias». En indicativo y en subjuntivo.

—Si hubieras utilizado el código secreto, no te habrían castigado —dijo Alcestes; y el señor Mouchabière le dio el mismo verbo para conjugar. ¡Este Alcestes es para morirse de risa!

En clase, la maestra nos dijo que sacáramos los cuadernos y copiáramos los problemas que iba a escribir en el encerado, para hacerlos en casa. A mí eso me fastidió, sobre todo porque papá, cuando vuelve de la oficina, está cansado y no tiene nada de ganas de hacer deberes de aritmética. Y después, mientras la maestra escribía en el encerado, nos volvimos todos hacia Godofredo, y esperamos a que empezara su mensaje. Entonces Godofredo se puso a hacer gestos; y tengo que decir que no era fácil entenderlo, porque iba muy de prisa, y además se paraba a escribir en su cuaderno, y además, como lo mirábamos se ponía a hacer gestos, y era muy divertido verlo metiéndose

los dedos en las orejas y dándose palmadas en la cabeza.

Era larguísimo el mensaje de Godofredo, y era un fastidio, porque no podíamos copiar los problemas. Es cierto, teníamos miedo de fallar las letras del mensaje y de no entender nada, de modo que estábamos obligados a mirar todo el tiempo a Godofredo, que está sentado detrás, al fondo de la clase.

Y después Godofredo hizo «s» rascándose la cabeza, «t» sacando la lengua, abrió mucho los ojos, se paró, todos nos volvimos y vimos que la maestra no escribía y miraba a Godofredo.

—Sí, Godofredo —dijo la maestra—. Estoy como sus compañeros: lo miro hacer payasadas. Pero ya ha durado bastante, ¿no? De modo que levántese, castigado; se quedará sin recreo y, para mañana, escribirá cien veces: «No debo hacer el payaso en clase y distraer a mis compañeros impidiéndoles trabajar.»

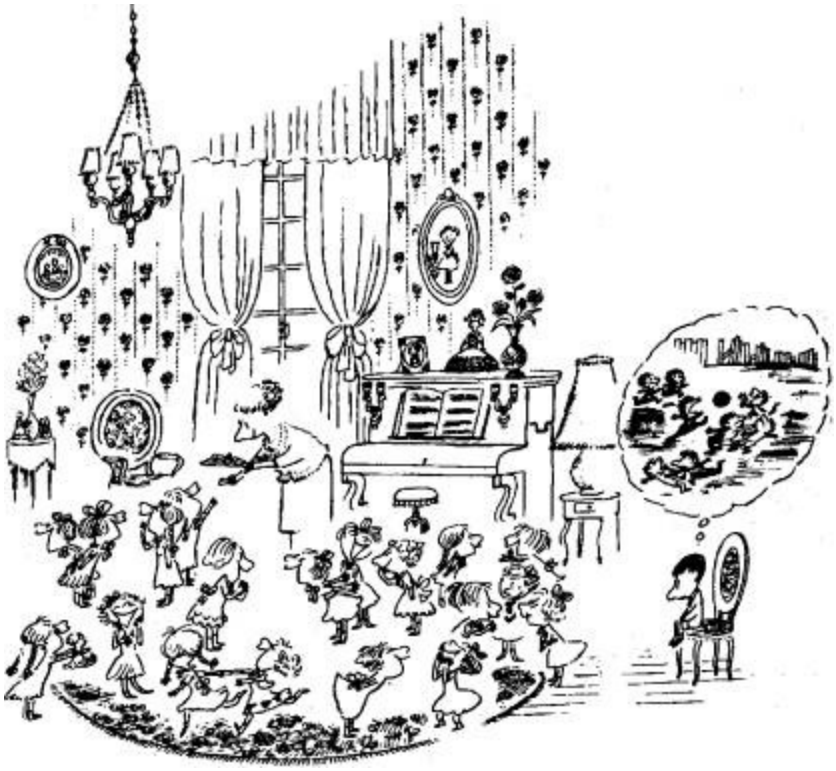
Nosotros no habíamos entendido nada del mensaje. Entonces, a la salida de la escuela, esperamos a Godofredo, y cuando llegó, vimos que estaba muy enfadado.

—¿Qué nos decías en clase? —pregunté.

—¡Dejadme en paz! —gritó Godofredo—. Y además ¡se acabó lo del código secreto! Y, desde luego, ¡no os volveré a hablar!

Al día siguiente Godofredo nos explicó su mensaje. Nos había dicho:

«No me miréis todos así; vais a hacer que me castigue la maestra.»



El cumpleaños de María Eduvigis

Hoy estaba invitado al cumpleaños de María Eduvigis. María Eduvigis es una niña, pero es fenómena; tiene el pelo amarillo, ojos azules, es toda rosa y es la hija de los señores de Courteplaque, que son vecinos nuestros. El señor Courteplaque es jefe de la sección de zapatos en los almacenes del Pequeño Ahorro, y la señora Courteplaque toca el piano y canta siempre lo mismo, una canción con montones de gritos, que se oye muy bien desde nuestra casa, todas las noches.

Mamá compró un regalo para María Eduvigis: una cocinita con cacerolas y coladores, y yo me pregunto si realmente se puede pasarlo bien con juguetes así.

Y después mamá me puso el traje azul marino con la corbata, me peinó con montones de brillantina, me dijo que debía portarme bien, como un hombrecito, y me acompañó a casa de María Eduvigis, justo al lado de la nuestra. Yo estaba encantado, porque me gustan los cumpleaños y quiero a María Eduvigis.

Claro, en todos los cumpleaños no se encuentran amiguetes como Alcestes, Godofredo, Eudes, Rufo, Clotario, Joaquín o Majencio, que son mis compañeros de escuela, pero siempre consigue uno divertirse; hay pasteles, se juega a los vaqueros, a policías y ladrones, y es fenómeno.

La mamá de María Eduvigis abrió la puerta y lanzó unos gritos, como si le extrañara verme llegar, aunque fue ella la que telefoneó a mamá para invitarme. Estuvo muy amable, dijo que yo era una monada, y después llamó a María Eduvigis para que viera el bonito regalo que le había llevado. Y vino María Eduvigis, enormemente rosa, con un traje blanco lleno de plieguecitos, realmente fenómeno. Yo estaba muy fastidiado al darle el regalo, porque estaba seguro de que iba a parecerle una birria, y estaba muy de acuerdo con la señora Courteplaque cuando le dijo a mamá que no habríamos debido. Pero María Eduvigis pareció muy contenta con la cocina; ¡las chicas son muy raras! Y después mamá se marchó, diciéndome otra vez que me portara bien.

Entré en la casa de María Eduvigis, y había dos niñas, con trajes llenos de plieguecitos. Se llamaban Melania y Eudoxia, y María Eduvigis me dijo que eran sus dos mejores amigas. Nos dimos la mano y fui a sentarme en un rincón, en un sillón, mientras María Eduvigis les enseñaba la cocina a sus mejores amigas, y Melania dijo que ella tenía una igual, pero en mejor; pero Eudoxia dijo que la cocina de Melania no estaba tan bien, seguramente, como la vajilla que le habían regalado a ella el día de su santo. Y las tres empezaron a discutir.

Y después llamaron a la puerta, varias veces, y entraron montones de niñas, todas con trajes llenos de plieguecitos, con regalos idiotas, y había una o dos que habían traído sus

muñecas. Si lo hubiera sabido, habría traído mi balón de fútbol. Y después la señora Courteplaque dijo:

—Bueno, creo que ya estamos todos; podemos pasar a merendar.

Cuando vi que era el único niño, me dieron ganas de volver a casa, pero no me atreví, y tenía la cara muy caliente cuando entramos en el comedor. La señora Courteplaque me hizo sentar entre Leontina y Berta, que también, me dijo María Eduvigis, eran sus dos mejores amigas.

La señora Courteplaque nos puso unos sombreros de papel en la cabeza; el mío era uno puntiagudo, de payaso, que se sujetaba con una goma. Todas las niñas se rieron al verme, y aún tuve más calor en la cara, y la corbata me apretaba terriblemente.

La merienda no estaba mal: había pastas, chocolate, y trajeron una tarta con velas, y María Eduvigis sopló y todas aplaudieron. Yo, es gracioso, no tenía hambre. Y eso que aparte el desayuno, la comida y la cena, lo que prefiero es la merienda. Casi tanto como el bocadillo que comemos en el recreo.

Las niñas comían mucho, hablaban todo el tiempo, todas a la vez; se reían y fingían darle tarta a sus muñecas.

Y después la señora Courteplaque dijo que íbamos a pasar al salón, y yo fui a sentarme al sillón del rincón.

Luego, María Eduvigis, en medio del salón, con los brazos a la espalda, recitó una cosa que hablaba de pajaritos. Cuando acabó, todos aplaudimos, y la señora Courteplaque preguntó si alguien quería hacer algo, recitar, bailar o cantar.

—¿Quizá Nicolás? — preguntó la señora Courteplaque—. Un niño tan simpático, seguramente sabrá recitar algo...

Yo tenía una gran bola en la garganta, y dije que no con la cabeza, y ellas se rieron todas, porque debía parecer un payaso con mi sombrero puntiagudo. Entonces Berta le dio su muñeca a Leocadia para que se la guardara, y se sentó al piano a tocar algo, sacando la lengua, pero se le olvidó el final y se echó a llorar. Entonces la señora Courteplaque se levantó, dijo que estaba muy bien, besó a Berta y nos pidió que aplaudiéramos, y todas aplaudieron.

Y después María Eduvigis puso todos sus regalos en medio de la alfombra, y las niñas empezaron a soltar gritos y montones de risitas, y eso que no había ni un juguete de verdad en el montón: mi cocina, otra cocina más grande, una máquina de coser, trajes de muñeca, un armarito y una plancha.

—¿Por qué no vas a jugar con tus amiguitas? —me preguntó la señora Courteplaque.

Yo la miré sin decir nada. Entonces la señora Courteplaque batió palmas y gritó:

—¡Ya sé lo que vamos a hacer! ¡Un corro! ¡Yo tocaré el piano y vosotros bailaréis!

Yo no quería ir, pero la señora Courteplaque me cogió del brazo y tuve que darle la mano a Blanquita y a Eudoxia, nos pusimos todos en corro, y mientras la señora Courteplaque tocaba su canción al piano, empezamos a dar vueltas. Pensé que si me veían mis amiguetes, tendría que cambiar de escuela.

Y después llamaron a la puerta, y era mamá que venía a buscarme; estaba terriblemente contento de verla.

—Nicolás es un cielo —le dijo la señora Courteplaque a mamá—, nunca he visto un niño tan

bueno. Quizá sea un poco tímido, pero de todos mis invitados, ¡es el más educado!

Mamá pareció un poco asombrada, pero satisfecha. En casa, me senté en un sillón sin decir nada, y cuando llegó papá, me miró y le preguntó a mamá qué me pasaba.

—¡Estoy muy orgullosa de él! —dijo mamá—. Ha ido al cumpleaños de la vecinita, era el único niño invitado, y la señora Courteplaque me ha dicho que era el mejor educado.

Papá se frotó la barbilla, me quitó el sombrero puntiagudo me pasó la mano por el pelo, se secó la brillantina con su pañuelo y me preguntó si me había divertido mucho. Entonces me eché a llorar.

Papá se rió, y esa misma noche me llevó a ver una película llena de vaqueros que se zurraban y que disparaban montones de tiros.